9410

PEDRO MUÑOZ SECA

LA RAZÓN DE LA LOCURA

COMEDIA GRAN GUIÑOLESCA

en tres actos y en prosa, original

TERCERA EDICIÓN

Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1919

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1919

LA RAZÓN DE LA LOCURA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA RAZÓN DE LA LOCURA

COMEDIA GRAN GUIÑOLESCA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el TEATRO DEL CENTRO, el día 10 de noviembre de 1919

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, M. 551
1919

A Enrique Borrás

¡Las ganitas que tenía yo de que me estrenase usted una obra, so... coloso!

¡Gracias, Enrique!

Ahí va un abrazo de los apretados; de los que fatigan; de los que rompen el cristal del reloj y dejan dibujados en la piel los botones de la pechera, el dije de la leontina y hasta el cuño de las monedas.

Pedro Muñoz Seca.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA TERESA	Margarita Xirgu.
JESUSA	María Brú.
LUISA	Micaela Castejón.
CARLOTILLA	Amparo Segura.
ROSITA	María de las Rivas.
CARLOS	Leovigildo Ruiz Tatay.
BERNARDO	Enrique Borrás.
DAMIÁN	Pedro González.
ESPINOSA	José Rivero.
MONTALVO	Ramón Gatuellas.
ARJONA	Alberto Romea.
PICAZO	José Lucio.
JUAN	Luis Domínguez.
GENARO	José Trescolí.

ACTO PRIMERO

Salón amueblado con gran lujo. Puerta de entrada en el foro, un poco hacia la derecha (actor). En el foro izquierda y en chaflán, un amplio mirador de cristales con sendas cortinas. Una puerta en el lateral izquierda y dos en el lateral derecha. Es de día. Epoca actual. (Mes de noviembre). La acción en Madrid.

—

(Al levantarse el telón están en escena MARIA TERESA, DON DAMIÁN y ESPINOSA. María Teresa, rayana en los treinta y cinco años, mujer elegantísima. Don Damián, señor de sesenta, bien conservado. Espinosa, hombre de cuarenta años, muy elegante.)

DAMIÁN Confieso que he sido siempre un poco pesimista; pero en este caso..

M. TER. En este caso más que nunca, papá. ¿No cree usted lo mismo, Espinosa?

ESP. Es muy aventurado emitir opiniones...

JUAN (Criado, por el foro, con una tarjeta.) Este caballero pregunta si la señora puede recibirle.

M. TER. (Leyendo.) El doctor Montalvo.

ESP ¡Por fin!

M. TER. (A Juan.) Sí, sí; que pase en seguida. (Vase Juan por el foro.)

ESP. Ha cumplido su palabra. Llega a la hora que me ofreció.

DAMIÁN Las cuatro en punto son, en efecto.

ESP. (Levantándose.) Me retiro para que hablen ustedes con mayor libertad.

DAMIÁN No, no se vaya, amigo mío, usted debe oir la conversación.

672070

M. TER. Mi padre dice bien. Conviene que presencie la entrevista.

ESP. A su gusto.

(Por la puerta del foro entra en escena MONTALVO. Es un hombre como de cincuenta años, de noble continente, afable aspecto y fachada impecable.)

MON. Señora... (Al ver a Espinosa.) ¡Oh! No me había usted dicho que tendría el placer de encontrarle...

ESP. He querido evitar a ustedes lo enojoso de tener que presentarse por sí mismo. (Presentándoles recíprocamente.) La señora de Salvatierra, dueña de la casa... Su padre... El doctor Montalvo, especialista en enfermedades nerviosas...

DAMIÁN Y una lumbrera de la especialidad, según la fama.

MON. Mil gracias.

M. TER. Siéntese, doctor.

MON. Muchas gracias. (Se sientan.)

ESP. Yo creo que debemos suprimir todo prólogo y entrar desde luego en materia...

M. TER. Tiene usted razón. Hay que aprovechar la ausencia de Carlos, que puede volver.

MON. Pues ustedes dirán. ¿De qué se trata?

M. TER. ¿Cómo? ¿Nuestro amigo Espinosa no le ha indicado?...

MON. Me dijo solamente que deseaba usted consultarme sobre un caso dudoso.

DAMIÁN No mucho, por desgracia. El estado de perturbación del pobre Carlos—el marido de mi hija—no parece que da lugar a grandes dudas.

MON. ¿Es el esposo de esta señora el enfermo?

ESP. El que sospechamos que lo está. Ese es el motivo de la consulta.

M. TER. Que yo le suplico, doctor, estudie y resuelva con detenimiento, porque de lo que usted diga depende que tomemos o no una resolución que me horroriza.

DAMIÁN A todos nos repugna, María Teresa; pero piensa que el primero de tus deberes es evitar la ruina de esta casa, la desgracia de tus hijos.

ESP. Procedamos con método: empecemos por informar al doctor del objeto de la llamada, que aún no se le ha dicho.

DAMIÁN Es cierto.

ESP. El señor, celoso, como es natural, del bienestar de su hija, y viéndolo amenazado por las prodigalidades de su esposo, cree llegado el momento de arrancarle la administración de su fortuna...

MON. Vamos, un expediente de incapacidad...

ESP. Justo.

M. TER. Y ya comprenderá usted que yo no puedo consentir que eso se intente. sin tener la plena convicción de mi desventura; es decir, de que mi marido no está en su juicio.

MON. ¿Hay algún precedente que justifique la sospecha?

DAMIÁN ¿Qué más precedente que el hecho de haber estado varios años en un manicomio?

MON. ¡Ah! En ese caso...

M. TER. Pero tú no dices, papá, que salió de él completamente curado, según opinión de todos los médicos, y que desde entonces, es decir, en cuatro meses, nada anormal hemos observado en su conducta hasta ahora.

DAMIÁN Porque hasta ahora habíamos podido evitar que interviniera en los negocios.

M. TER. Su modo de pensar en ciertas cosas, nos es conocido de siempre...

DAMIÁN Y siempre me ha parecido una locura...

MON. Calma, calma. Permitan ustedes que sea yo quien les interrogue. ¿Cómo empezó el antiguo padecimiento de su esposo?

M. TER. De repente. Fué a consecuencia de un accidente de automóvil. Recibió un fuerte golpe en la cabeza...

MON. Es una causa muy conocida. ¿La enfermedad se manifestaría con caracteres violentos, no?

M. TER. En su comienzo, violentísimos. Le daban ataques espantosos. Luego la locura fué poco a poco haciéndose pacífica, hasta desaparecer por completo.

DAMIÁN ¡Eso de por completo!... Los mismos síntomas, más o menos exacervados, que apreciamos en él ahora, se han observado siempre...

MON. ¿Qué síntomas son esos?

M. TER. Pues una bondad exagerada.

MON. ¿Eh?

M. TER. Me explicaré mejor: un espíritu de justicia inquebrantable, una rectitud de hierro, un

criterio tan rígido en materias de moral, que es imposible secundarle.

DAMIÁN Claro: esos criterios absolutos no pueden ser norma de la vida en nada, y menos en lo que afecta a la rectitud. En ese terreno es precisamente en el que más hay que transigir en el mundo.

MON. Un poco arriesgada me parece la teoría, pero puede que no le falte a usted la razón. ¿Y por qué signos se exterioriza esa rectitud... exagerada?

DAMIÁN ¡Son tantos!... Mire usted, sin ir más lejos, hace media hora, cuando yo vine, le estaba diciendo a ésta que no debía recibir a... bueno, el nombre no hace al caso, a un amigo de siempre porque acababa de averiguar que tenía una amante. ¿Le parece a usted? Si nadie recibiera a los que están en el mismo caso, pronto se terminaban las relaciones sociales.

MON. Sin duda ninguna.

DAMIÁN Y ya ve usted, a la vez que quiere cerrar las puertas de su casa a una persona distinguida, se las abre de par en par, a todas horas, a un hombre tosco, ineducado, cuya presencia nos avergüenza a todos.

M. TER. Considera, papá, que el pobre Cebolledo es un loco.

DAMIÁN Eso mismo es una prueba más...

M. TER. Una prueba más de la bondad de Carlos. (A Montalvo.) Se trata de un infeliz, un loco pacífico a quien conoció en el manicomio y que le ha tomado un cariño ciego.

MON. En nada de lo que me han dicho hasta aquí encuentro motivo bastante para una incapacitación.

DAMIÁN ¿Y la prodigalidad?

MON. ¡Ah!... Es cierto que dijo usted antes que era pródigo...

DAMIÁN Hasta un extremo inconcebible. Da a todo el mundo cuanto le piden...

M. TER. Ya sabes lo que él ha opinado siempre sobre la riqueza. Carlos sostiene que Dios no se la da a nadie para que disfrute egoístamente de ella, sino para que la comparta con los desgraciados.

DAMIÁN Admirable teoría para practicarla discretamente, pero signo inequívoco de falta de

juicio cuando se da sin ton ni son. Además, no es solamente que da cantidades exorbitantes y que se deja explotar por cualquiera, es que ahora pretende tirar una fortuna por la ventana.

MON. ¡Ah! ¿Pero?...

DAMIÁN Verá usted: Carlos posee una gran finca en Andalucía; finca cuyos productos, como es natural, han aumentado considerablemente de precio en estas circunstancias. Cuando nos vimos en la triste necesidad de recluirle en el manicomio, mi hija me rogó que me pusiera al frente de su casa y yo accedí por tratarse de su patrimonio y del de mis nietos, por quienes tenía el deber de velar en ausencia de su padre. Creo poder ufanarme de mi obra, porque a la vista está la prueba de mi celo. Claro es que me ha favorecido el encarecimiento de todo durante los últimos años, pero lo cierto es, que mientras yo he administrado «El Robledal», éste ha cuadruplicado su renta; que mi yerno, que ya era rico, es ahora riquísimo gracias a mí. ¿Usted cree que me lo ha agradecido? Todo lo contrario.

MON. ¿Es posible?

DAMIÁN Que le diga María Teresa. Ha estado a punto de romperse la buena armonía que siempre ha reinado entre nosotros, por el crimen de haberle prestado este servicio. Cuando supo que yo había vendido a precios fabulosos el trigo, el aceite, las lanas, etcétera, etcétera, me dijo que aquello era una monstruosidad; que en los tiempos que corren, en que la gente no tiene que comer, no sólo no debe subirse el precio de las cosas, sino que debe abaratarse, aunque no se gane dinero y que no hacerlo así es dar la razón a los que dicen que hay que destruir la actual organización del mundo, además de que es faltar a la ley, puesto que existe una tasa.

MON. (Sonriendo.) Hombre, eso no deja de ser cierto...

DAMIÁN ¿Y usted sabe de alguien que cumpla esa disposición? ¿Usted sabe de alguien que esté en su juicio y pudiendo vender caro venda barato?... ¡Y esto en un hombre que es

padre!... En un hombre que tiene hijos que pueden decirle un día: «tuviste en tu mano aumentar nuestro patrimonio y no lo hiciste». Si Carlos discurriera como todo el mundo, ¿crée usted que aceptaría esa responsabilidad?

MON. Desde luego que no es frecuente...

DAMIÁN Pues se ha obstinado de tal modo en que hay que dar con una gran rebaja el trigo y el aceite que actualmente tenemos almacenado, que hemos tenido que engañarle haciéndole creer que lo hemos vendido a menos precio que el de tasa.

MON. ¡Ah! ¿Le han hecho ustedes creer?...

DAMIÁN ¿Quería usted que malvendiésemos todo eso? ¡Una fortuna!... Si él está loco, yo no lo estoy; yo debo velar por mi hija y por mis nietos.

M. TER. Aunque papá exagera un poco, en el fondo tiene razón; mi marido no piensa en nada, como la generalidad de la gente. Siempre fué un poco raro en su manera de pensar. Acaso son consecuencias de la educación que recibió. Carlos tuvo un preceptor, persona muy nombrada y a la que se ha hecho justicia después de su muerte: el padre Juárez.

MON. ¿El perseguido tantos años por sus opiniones?...

ESP. Justo, y que en realidad era un santo.

DAMIÁN Un santo... un poco revolucionario, convengamos en ello.

MON. Era un hombre de una mentalidad superior, sin duda alguna.

M. TER. Carlos le recuerda siempre con veneración y aún se excita un poco cuando se le habla de él.

MON. ¿Que se excita?

DAMIÁN Sí; durante las pasados accesos de locura furiosa creía ver en todos los hombres al padre Juárez; como creía reconocer a su esposa en toda mujer que veía, y su constante obsesión era matar a ambos para que dejasen de sufrir.

M. TER. ¡Qué horror!

MON. Es muy frecuente el caso, y eso indica que eran las dos personas a quienes él había estimado más en el mundo.

M. TER. Yo deseo, doctor, que vea usted a mi mari-

do y le observe con la más escrupulosa atención.

MON. Estoy dispuesto desde este mismo instante.

M. TER. Ha salido, pero no tardará en volver.

MON. En ese caso voy a una visita que tengo que hacer aquí cerca y volveré también.

M. TER. Si a usted le parece yo creo que debe ocultarle quién es... El se cree curado por completo y se impresionaría seguramente si supiera que sospechábamos...

MON. Desde luego, señora; ya estaba en ello. Fingiré que vengo a hablar con él de cualquier negocio. Así podré apreciar mejor si razona o no con cordura. La especialidad a que me dedico me tiene acostumbrado a representar frecuentemente esas comedias.

DAMIÁN Yo le daré una tarjeta de presentación.

MON. Bien. Pues no me despido. Hasta dentro de un instante.

M. TER. Hasta luego.

ESP. Adiós, querido Montalvo.

DAMIÁN (Indicándole la segunda puerta de la derecha.) Por aquí, doctor; voy a darle esas letras de presentación... (Se van Montalvo y Damián.)

M. TER. Es simpático el doctor.

ESP. Y una verdadera autoridad en esa clase de enfermedades.

M. TER. ¡Qué deseos tengo de conocer su opinión!

ESP. ¿Aún duda usted, María Teresa?

M. TER. Dudo, sí, dudo... Aunque todo el mundo se empeñe en lo contrario no acabo de convencerme de que Carlos haya vuelto a perder el juicio.

ESP. Ojalá sea usted quien acierte.

M. TER. ¡Ojalá! ¡Hace tanta falta en esta casa!... ¡Nuestros pobres hijos son tan pequeños todavía.

ESP. Tienen una madre modelo.

M. TER. ¿Y acaso yo misma no necesito también del apoyo de mi marido?

ESP. Ciertamente; pero, en fin, siempre le queda a usted su padre, sin contar con algunos buenos amigos, que nunca la abandonarían.

M. TER. Usted puede decirlo mejor que nadie. Ya sé el gran favor que nos ha hecho hace poco... Mi padre me lo refirió...

ESP. ¡Por Dios! Eso no vale nada. Tuve la fortu-

na de llegar a tiempo y el expediente se resolvió como deseaba su padre de usted; como era de justicia que se resolviera.

M. TER. Su influencia política ha sido siempre grande.

ESP. Grande o pequeña en nada hubiera podido emplearla con tanto gusto como en prestar a usted un servicio.

M. TER. Mil gracias.

ESP. (Muy insinuante.) Ya sabe usted que soy siempre el primero de sus admiradores.

M. TER. Diga usted de mis amigos.

ESP. De todo al mismo tiempo. Cuando se trata de una mujer de sus simpatías, la amistad va necesariamente unida a la admiración y a...

M. TER. (Atajándole con rapidez.) ¿Me permite usted que le diga una cosa?

ESP. Cuantas quiera.

M. TER. ¿Sin que forme por eso mala opinión de mí?

ESP. No sería posible.

M. TER. Aunque lo sea, voy a hablarle con claridad, con una claridad desusada. Espinosa, yo deseo ser siempre su amiga; no ponga usted en peligro nuestra amistad.

ESP. ¿Qué quiere usted decirme?

M. TER. Que yo vivo en el mundo y no soy mojigata. Pero como es la segunda vez que me habla usted en ese tono, me ha parecido que era indispensable esta explicación para evitar que después de la segunda venga la tercera y...

ESP. Pero...

M. TER. Yo podré ser un poco... ligera, como lo somos casi todas las mujeres que vivimos en cierto medio social, pero soy honrada y estoy decidida a seguir siéndolo Perdóneme la franqueza y sigamos siendo buenos amigos. ¿Quiere usted?... (Mirando hacia el foro.) ¡Ah! Mire. Aquí viene Carlos.

(CARLOS, hombre de cuarenta y cinco años, elegante, simpático, despejadísimo, entra en escena por el foro. Al ver a Espinosa se detiene y hace un leve gesto de contrariedad.)

CARLOS (Secamente.) Buenas tardes.

ESP. (Saludándole.) Tengo un gran placer...

CARLOS (Con frialdad.) Igualmente.

ESP. Lo que lamento es no poder prolongarlo, pero me esperan...

CARLOS Por mí no se detenga.

ESP. Hasta otro día.

CARLOS Hasta que usted guste.

ESP. (Despidiéndose.) María Teresa...

M. TER. Adiós, amigo mío. (Vase Espinosa por el foro.) ¿Por qué saludas con tanta frialdad a Espinosa?

CARLOS Pues... Mira, yo no sé fingir Porque me carga. Te habla con un aire de intimidad, que me resulta molesto.

M. TER. (Sonriéndose.) Cualquiera pensaría que sospechas...

CARLOS No sospecho: tengo la evidencia de que te hace al amor.

M. TER. ¡Carlos!

CARLOS No te alarmes. Ya sé que eso no tiene nada de particular; que es cosa corriente en el mundo, tal como lo habéis arreglado...

M. TER. Si no pensara que hablas en broma, te diría que casi me ofendes...

CARLOS Eso no. Para ofenderte sería preciso que te creyera capaz de faltar a tu deber y no lo he creído nunca. Te quiero demasiado para suponerlo.

M. TER. Entonces...

CARLOS No nos metamos en discusiones morales porque luego dices que te sermoneo y no quiero sentar plaza de marido gruñón.

M. TER. (En tono de broma.) Está bien, hombre. Primero una reticencia y luego «ahí queda eso». Pues no señor: ahora tienes que explicarme lo que has querido dar a entender con lo que has dicho.

CARLOS Pues mira, que yo no participo del criterio de esa moral elástica y acomodaticia al uso, para la que no hay más falta que la falta material; o lo que es lo mismo, que mujer que no ha caído en brazos de un hombre sigue siendo honrada. Yo no creo que el adulterio necesita tanto para consumarse. Con una palabra, con una mirada, puede bastar a una mujer para ser adúltera, moralmente.

M. TER. ¿Es decir que piensas que es igual una ligereza que un pecado irreparable?

CARLOS Pienso que la virtud de la mujer es cosa tan quebradiza que no necesita llegar al suelo

para hacerse añicos; al ir a caer, en el aire se rompe.

M. TER. Tú no ves las cosas como todo el mundo, Carlos.

CARLOS Puede.

M. TER. Tienes un criterio demasiado rígido. Para ti nadie es bueno... ni tu mujer.

CARLOS ¡Calumnia! A ti te he tenido siempre por buena.

M. TER. ¿Del todo?

CARLOS Del todo... lo que es posible serlo, viviendo en el mundo ese que vives.

M. TER. Lo que equivale a decir que tengo muchos defectos.

CARLOS Los que tienes, los tienes contra tu voluntad: por contagio. Pero, mira, hablemos de otra cosa, ¿quieres?

M. TER. No, señor: yo tengo derecho a saber, cuáles son los defectos que mi marido me encuentra. ¿Eh?

CARLOS Llamémosles defectillos, nada más.

M. TER. Hola; hay ya rebaja. Menos mal. Pero en fin, el nombre es lo que menos importa: las pruebas son las que yo necesito.

CARLOS (Cariñosamente.) ¿No te enfadarás, si te digo, que ahí mismo en la garganta llevas una?

M. TER. (Sin comprender.) ¿Eh?

CARLOS Sí: ese collar.

M. TER. Ya te he dicho que me lo compré cuando mi padre me dijo que habíamos realizado ganancias considerables.

CARLOS Con la defraudación y la usura.

M. TER. ¡Carlos!

CARLOS ¿Por qué no vendes ese collar? Me darías una gran alegría.

M. TER. ¿Eh?

CARLOS Véndelo y reparte su producto entre los necesitados. Yo te compraré otro, si lo deseas; pero vende ese.

M. TER. ¡Qué cosas dices! ¿Qué pensarían todos?...

CARLOS ¿Y qué te importa lo que piensen los demás? Ese collar está comprado con un dinero mal adquirido, con un dinero que encareció el pan de los pobres. Devuélveles lo que les has quitado. Aunque la comparación te parezca vieja y cursi, las perlas se parecen a las lágrimas. Al adornarte con esas debiste sentir el remordimiento de que te adorna-

bas con lágrimas de desgraciados. Arráncatelas ahora y podrás hacerte la ilusión de que las enjugas.

M. TER. Indudablemente eres un santo.

CARLOS Me contentaría con ser bueno. Yo no soy más que un marido que quiere mucho a su mujer.

M. TER. ¿A pesar de los defectillos?

CARLOS Sí, María Teresa, sí, a pesar de los defectillos.

JUAN (Por el foro.) ¿Señor?

CARLOS ¿Qué?

JUAN (Presentándole una tarjeta.) Esta señora...

CARLOS (Leyendo la tarjeta.) Que pase. (Vase Juan por el foro.)

M. TER. ¿Quién es?

CARLOS La mujer de Cebolledo. ¿Qué habrá sucedido?

M. TER. ¿La conoces tú?

CARLOS No: por eso me alarma... ¡Está tan perturbado!...

M. TER. Luego me contarás lo que haya ocurrido. Hasta luego.

CARLOS Hasta después. (Se va María Teresa por la derecha, primera puerta.)

JUAN (Con JESUSA, por el fondo.) Pase usted. (Se retira.)

JES. Muy buenas tardes. (Es una mujer como de cincuenta años, viste de negro, con mantilla.)

CARLOS ¿Qué es eso? ¿Ha ocurrido algo al pobre Bernardo?

JES. No, señor, nada, afortunadamente.

CARLOS Menos mal.

JES. Ya supuse que le asustaría mi visita, por eso no he venido antes a dar a usted las gracias por sus bondades para con mi marido, pero ahora he creído necesario venir a verle.

CARLOS Nada tiene que agradecerme, señora. Bernardo fué mi gran amigo en el manicomio, cuando los dos estábamos perturbados, y ahora, al recobrar yo la razón, es un cariño compasivo el que me obliga a no abandonarle. Pero siéntese...

JES. (Sentándose.) Muchas gracias. Aunque no tenía el gusto de conocerle personalmente, como sé lo bueno que es usted, no he dudado en venir a molestarle para pedirle un gran favor.

CARLOS Usted dirá, señora: y si está en mi mano...

JES. Ya lo creo.

CARLOS Pues diga, diga.

JES. Usted sabe cuál es la constante manía de mi marido: dice que es usted su Dios, su amo; que él no es más que un esclavo de usted, y creo que es verdad, porque hasta lo que piensa es porque usted se lo sugiere.

CARLOS Sí: unas veces dice que es mi esclavo y otras que es mi eco. ¡Pobrecillo!...

JES. Pues no sabe usted lo de disparates que hace a cuenta de eso, porque por imitarle...

CARLOS ¿Es posible?

JES. Esta mañana ha estado aquí, ¿no?

CARLOS Muy temprano. Aún no me había yo levantado. Estuvo en mi cuarto mientras yo me vestía.

JES. Claro; ahora me explico...

CARLOS ¿Eh?

JES. ¿Usted tiene costumbre de darse una ducha?...

CARLOS Sí, señora.

JES. ¿Y no usa usted ropa de abrigo interior?

CARLOS No...

JES. Pues como él tiene que imitarle en todo, ha llegado a casa, se ha echado un sifón de agua de Seltz por el cogote, me ha dado luego la camiseta, el chaleco de Bayona y la faja, y se ha lanzado a la calle diciéndome: «Jesusilla, se acabaron los catarros».

CARLOS ¡Por Dios!

JES. Ya ve usted: y con el frío que hace. Nada, que va a coger una pulmonía.

CARLOS Si yo hubiera sabido...

JES. Pues en todo es así. Como le oiga decir a usted una cosa, él lo pone en práctica, venga o no a pelo.

CARLOS ¡Válgame Dios!

JES. Nosotros, como usted sabe, somos dueños de una casa de préstamos.

CARLOS Sí...

JES. Pues tenemos que andarnos con siete ojos, porque como nos descuidemos da veinte por lo que no vale más que diez y viceversa. Ayer llegó un señor con una taza de plata y tres cucharillas: las pesé y pesaba la taza veintisiete pesetas, y cada una de las cucharillas cuatro cincuenta; bueno, pues quie-

ra que no, hubo que darle al hombre veintisiete pesetas por cada cucharilla, porque decía que ese era el precio de la tasa.

CARLOS ¡Qué disparate!

JES. Y es que él le ha oído a usted hablar de eso de la tasa y se ha hecho un lío. Claro, nosotras, por no exasperarle... Pero nos va a llevar a la ruina, porque para él ya no hay más que un precio para todas las cosas: veintisiete pesetas, el precio de la tasa.

CARLOS ¡Infeliz!

JES. Y yo quisiera, señor don Carlos, que le dijera usted que a mí tiene que obedecerme; que lo que yo haga está bien hecho; que debe guiarse por mí. Tengo la seguridad de que si usted se lo dice, él lo acatará como artículo de fe y podremos evitar que continúe haciendo esos disparates.

CARLOS Sí, sí; desde luego. No sólo se lo diré, sino que evitaré el emitir opiniones en su presencia para no llevar nuevas perturbaciones a su ánimo... (Se oye estornudar dentro.)

JES. (Levantándose.) Ahí está.

CARLOS ¿Cree usted?...

JES. Sí: conozco sus estornudos. (Nuevo estornudo dentro.) ¡Claro! Se ha constipado. Si no tenía más remedio... Si yo pudiera salir sin que me viese...

CARLOS Por aquí, señora; pase usted.

JES. Muchas gracias. (Se van por la derecha segunda puerta Jesusa y Carlos.)

(Por el foro entran en escena BERNARDO y JUAN. Bernardo Cebolledo, es un hombre como de cincuenta años. Tiene el aspecto de un honorable tendero en días festivos. Viene sin abrigo, con la americana desabrochada, y trae un catarro como para él solo.)

JUAN (Al ver que Bernardo estornuda por tercera vez.) Vaya un catarro, señor Cebolledo.

BERN. (Muy contento Este es un hombre que está contento siempre.) Pues este es el último que cojo. Ahora que por ser el último lo he agarrado bien. (Vuelve a estornudar.) Aprieta, resfriao, que lo que es mañana .. adiós para siempre.

JUAN ¿Se piensa usted morir?

BERN. ¡Estás tú fresco! Mañana me compro yo un baño por veintisiete pesetas, que es el precio de la tasa, lo lleno de agua fría, me meto

en él y me voy a secar a los Cuatro Caminos. ¿Eh? ¡Pupila!

JUAN — Don Bernardo, no haga usted eso, que las va usted a liar.

BERN. — ¡Sí, sí! Mira, desde que me he quitado la camiseta, y el chaleco, y la faja, pues... siento frío.

JUAN — ¡Claro!

BERN. — ¡Claro! ¿Y eso qué indica, eh?

JUAN — ¡Hombre!...

BERN. — (Como el que dice una gran cosa.) Pues que antes llevaba yo abrigo y ahora no. ¿Eh? ¡Pupila!

JUAN — (Mirándole con profunda lástima.) (Está de un alienismo que perpleja.) Aquí viene ya el señor. (Se va por el foro.)

CARLOS — (Entrando en escena.) ¿Pero qué es eso, amigo Cebolledo? Me han dicho que viene usted a cuerpo.

BERN. — Y con un frío, don Carlos, que nunca me he reído más por la calle. Pero se acabaron los catarros. Este es el último.

CARLOS — Claro, como que un milagro será que no se lo lleve a usted la trampa, hombre de Dios. ¿Usted cree que el organismo puede acostumbrarse así de golpe y porrazo? No, hombre, no.

BERN. — Naturalmente que no.

CARLOS — Eso hay que hacerlo poco a poco.

BERN. — Claro está; poco a poco.

CARLOS — Ahora mismo va usted a entrar en mi cuarto...

BERN. — Sí, señor.

CARLOS — Y se va usted a dar un baño muy caliente para que ese cuerpo reaccione.

BERN. — Sí, señor: muy bien.

CARLOS — (Haciendo sonar un timbre.) Y luego se va usted a abrigar mucho; muchísimo.

BERN. — Perfectamente.

CARLOS — Aunque mi ropa le venga un poco ancha no importa. Eso es lo de menos.

BERN. — ¡Bah! Eso es lo de menos.

CARLOS — Y después vamos a echar una parrafada muy larga usted y yo.

BERN. — ¡Ole! Eso. Muy bien. Así me gusta. Ya está.

JUAN — (Por el foro.) ¿Señor?

CARLOS — Prepara un baño a treinta y cinco grados para el señor Cebolledo, y luego...

BERN. No tiene que molestarse en repetir los órdenes, don Carlos; yo las he oído y basta. Ya sabe usted que lo que usted dice se me queda a mí impreso para las seculas y los seculorum. (A Juan.) Vamos.

JUAN (A Carlos.) Hay ahí un señor que desea hablar con el señor. Dice que viene recomendado por don Damián...

CARLOS Dígale que pase.

JUAN Sí, señor.

BERN. (Por Carlos, mirándole entusiasmado.) (¡Qué hombre! Está en todo.)

JUAN (Desde el foro, hablando hacia la derecha.) Tenga la bondad... (A Bernardo.) A la disposición de usted.

BERN. Vamos. (A Juan, por Carlos.) ¡Qué pupila de hombre, Juanillo!... Siempre tiene razón... ¡Qué hombre tan grande!... (Se va con Juan por la primera puerta de la izquierda.)

MON. (Por el foro.) ¿El señor Salvatierra?

CARLOS Para servir a usted.

MON. (Entregándole una tarjeta.) Traigo unas letras de presentación de su padre político, el señor García Olena.

CARLOS ¡Oh! Siéntese, hágame el favor.

MON. (Sentándose.) Muchas gracias.

CARLOS (Después de leer la tarjeta.) Es usted agente de negocios.

MON. Sí, señor. Entre otras cosas.

CARLOS Pues usted me dirá en qué puedo serle útil.

MON. (Misteriosamente y después de mirar a uno y otro lado.) Nadie nos oye, ¿verdad?

CARLOS (Extrañado.) No...

MON. Porque vengo a hablarle de un asunto... relativamente reservado y no quisiera...

CARLOS Puede usted decir lo que guste: nadie nos escucha.

MON. Verá usted: yo me dedico a negocios de exportación y teniendo noticias de esa gran finca que posee usted en Andalucía, he pensado: «seguramente el señor Salvatierra tendrá gran cantidad de trigo que vender».

CARLOS (Sonriendo.) Pues se ha engañado usted. No tengo una sola fanega.

MON. ¿Cómo? ¿Con esta subida constante de los precios no ha guardado usted nada?...

CARLOS Sin duda olvida usted que esos almacenamientos están prohibidos, y habiendo ha-

blado con mi suegro me extraña que no le haya dicho..

MON. El señor García Olena, me ha dicho lo mismo que usted, pero yo...

CARLOS (Sonriendo afablemente.) Vamos, usted no lo ha creído.

MON. No he dicho tanto.

CARLOS Mire usted, señor: yo tengo por costumbre sujetarme a las leyes.

MON. Es natural, pero, en fin, cuando puede hacerse un buen negocio, sobre todo teniendo hijos...

CARLOS No entra en mis cálculos enriquecerles a costa del hambre de los necesitados.

MON. Eso está muy bien y le honra muchísimo, pero, vamos, a mí me causa extrañeza, porque el criterio del mundo...

CARLOS Yo no ajusto el mío al de los demás. Pienso por mi cuenta.

MON. No cabe duda de que es usted un hombre excepcional porque lo que usted hace...

CARLOS Lo que yo hago no tiene mérito alguno, y cuando me elogian por ello, más bien siento enojo que satisfación: se lo aseguro. Yo me limito a cumplir la ley, a contentarme con una ganancia moderada en mis negocios, a no hacerme cómplice de la explotación de los infelices... Muy bajo debe andar el nivel moral en los tiempos que corren, cuando parece extraordinario y casi heróico que haya quien se atenga a lo que mandan el deber y la propia conciencia. Pero perdóneme estas consideraciones que habrá encontrado tal vez inoportunas y poco discretas.

MON. Al contrario, no sabe el placer con que le escucho Siga, siga...

CARLOS (Sorprendido) ¿Que siga?...

MON. No todos los días tiene uno el gusto de oir hablar tan sinceramente... ¡Trata uno con tanta gentuza!... Pero, en fin, el negocio lo exige... (Ofreciéndole un cigarro.) ¿Un pitillo?

CARLOS (Aceptándolo.) Muchas gracias. (Enciende. Montalvo le observa con profunda atención.)

MON. Pues no sabe usted cuánto siento que no tenga usted algún trigo acaparado, porque hubiera sido un negocio muy bonito. Yo tengo medios de hacerlo entrar en Portugal y nos lo hubieran pagado a un precio fabu-

loso. (Carlos le mira con extrañeza.) ¡Bah! Ya encontraré quien me lo facilite. Si usted no tiene, otro tendrá.

CARLOS ¿Pero no teme usted?...

MON. ¡Pchs!... *Audaces fortuna juvat.* De todo cuanto me enseñó mi maestro, ese versillo de la «Eneida,» es lo que se me quedó más impreso. Y no crea usted que mi maestro fué un dómine cualquiera. ¿Ha oído usted hablar del padre Juárez?

CARLOS (Inmutándose.) ¿Cómo? ¿Pero usted?...

MON. ¿Eh?

CARLOS ¿Usted ha sido discípulo del padre Juárez?

MON. Sí, señor.

CARLOS Sería cuando estuvo en el colegio de Zaragoza, ¿no?

MON. Justamente. ¿También usted le conoció?

CARLOS Por mí abandonó la enseñanza, caballero. Mi padre, al morir, le dejó encargado de mi educación. Fué mi preceptor hasta su muerte

MON. ¡Ah!... Era un buen hombre.

CARLOS ¡Era la bondad misma!

MON. Yo no fuí alumno suyo más que unos meses.

CARLOS Lo deduzco. Si hubiera sido usted alumno suyo unos cuantos años, no hubiera venido a proponerme el negocio que me ha propuesto. (A un gesto de Montalvo.) Perdone. Quien ha sido educado por aquel hombre, quien ha tenido mucho tiempo ante los ojos ese ejemplo admirable, no puede apartarse del camino recto. (Exaltándose un poco.) No estaría en mi mano seguir otro, aunque quisiera. Si alguna vez intentara dar un paso, un solo paso, por la senda torcida, seguramente vería surgir ante mí la figura del padre Juárez, diciéndome con aquella sonrisa tan bondadosa, con aquella mirada tan dulce: «por aquí no, hijo mío; por aquí no...» Y tendría que retroceder.

MON. ¿De modo que usted sigue aún bajo la sugestión de las enseñanzas de su maestro?...

CARLOS Usted lo ha dicho: es una verdadera sugestión. Y mayor, quizás, después de haberle perdido; porque yo no supe toda su historia sino después de muerto, cuando se hizo pública... Usted la sabrá también sin duda.

MON. Claro...

CARLOS (Cada vez más excitado.) Fué calumniado, perseguido, hasta encarcelado... ¡Ah! ¡Canallas!... Es decir, no, perdonemos, como él perdonaba; como él perdonó siempre ¡Era un santo!... ¡Un santo!

MON. Veo que rinde usted verdadero culto a su memoria.

CARLOS Y en ella se lo rindo a la bondad, que en nadie he visto encarnada como en aquel hombre. Yo no puedo oir hablar de heroísmo, de abnegación, de virtud sin pensar en el padre Juárez Para mí el Bien no es una idea abstracta; es algo que tiene figura material, humana; la figura de aquel anciano venerable, de cuyos labios no oí nunca una palabra que no fuera de indulgencia y de amor, que murió en mis brazos diciéndome: «Sé bueno, hijo mío».

MON. ¿Y se emociona usted siempre del mismo modo cuando habla de él?

CARLOS No, señor, no; hoy me he dejado llevar irreflexivamente de mis recuerdos. Por lo general procuro reprimirme...

MON. ¿Por qué?

CARLOS ¿Quiere usted que se lo diga con franqueza? Pues porque he observado que en el mundo es una cosa tan desusada tener un criterio como el mío en el orden moral, que, a veces, temo si lo expongo...

MON. ¿Qué?

CARLOS (Bajando un poco la voz.) Que sospechen que he perdido el juicio...

MON. ¡Ah! ¿Sí?...

CARLOS Sí. Y como hace poco, yo...

MON. ¿Eh?

CARLOS No sé si usted tendrá noticia de que yo he estado privado de razón a consecuencia de un accidente...

MON. No; no sabía ..

CARLOS Pues sí: yo estuve loco...

JUAN (Por la puerta de la izquierda.) Señor.

CARLOS ¿Qué sucede?

JUAN El señor Cebolledo...

CARLOS ¿Qué?

JUAN Que se ha puesto todos los abrigos del señor y ahora se ha echado aguardiente alcanforado en la cabeza y quiere arrimarse una cerilla, a ver cómo luce.

CARLOS ¡Caramba! Que se va a achicharrar. (A Montalvo.) Con el permiso de usted: se trata de un pobre demente... Vuelvo en seguida. (Vase con Juan por la izquierda.)

MON. Es usted muy dueño.

(Sigilosamente entran en escena por la derecha, primer término MARÍA TERESA y DAMIÁN)

DAMIÁN ¿Qué?

M. TER. ¿Ha formado usted opinión?

MON. Aún es pronto para formarla.

DAMIÁN ¿No ha observado usted?...

MON. ¡He observado únicamente cierta exaltación cuando habla de algunas cosas!

M. TER. ¿Y piensa usted?..

MON. Hasta ahora no pienso más, sino que sería un dolor que no estuviese en su pleno juicio, un hombre que tiene tal fondo de rectitud.

DAMIÁN Es... que en eso consiste precisamente su desequilibrio.

MON. Pues si es así, tendremos que reconocer que padece la más simpática y la más digna de ejemplo de las locuras.

M. TER. (Que mira por la puerta de la izquierda.) El vuelve; creo que debíamos irnos...

DAMIÁN No; ya sabe que Montalvo y yo somos amigos.

MON. Sí y conviene que vea que nos tratamos con cierta familiaridad, para que no le extrañen mis sucesivas visitas...

M. TER. Tiene usted razón. (Hablan los tres.)

CARLOS (Entrando en escena.) Perdóneme usted... (Al ver a María Teresa y Damián.) ¡Ah!...

M. TER. Supimos que estaba aquí el señor Montalvo y hemos venido a saludarle...

DAMIÁN Somos muy buenos amigos. Merced a él hemos hecho muy buenos negocios.

CARLOS ¿Aquél de las perlas también?

DAMIÁN ¿Cómo?

CARLOS Ya María Teresa me entiende.

DAMIÁN (Aparte a Montalvo.) Una incoherencia.

BERN. (Saliendo con JUAN. Trae puesto o dos abrigos, uno largo y oscuro debajo y otro claro y más corto encima, o un abrigo y encima una capa) ¡Quiá! A mi casa, no. Don Carlos tiene que echar conmigo una parrafada. Vete. (Vase Juan.)

M. TER. ¿Eh? ¿Pero qué es eso? (Sofoca la risa.)

DAMIÁN (Riendo.) ¡Qué mamarracho!...

CARLOS ¿Eh? ¿Por qué?

DAMIÁN ¡Hombre!...

CARLOS ¿Va usted a reirse de un pobre desgraciado? Eso es faltar a la caridad, don Damián.

DAMIÁN Pero...

CARLOS (Con energía.) Sin peros. Es faltar a la caridad. (A Montalvo.) Le dejo en buena compañía. Este pobre hombre necesita ahora de mi protección y sería inhumano negársela. Para servir a usted. Cebolledo: Vamos a echar esa gran parrafada.

BERN. (Muy contento.) ¡Eso! Sí. ¡Ole! ¡Ya! ¡Vamos!

CARLOS Pase usted.

BERN. ¡Nunca! Yo no soy más que su esclavo.

CARLOS Lo es usted: sí. Y tiene usted que obedecerme en todo; y ha de creerme, ¿eh?

BERN. Sí, señor.

CARLOS Aunque yo le diga que la tasa no es de veintisiete pesetas.

BERN. Sí, señor.

CARLOS Pase usted.

BERN. Sí, señor. (Hace mutis por la segunda puerta de la derecha.)

CARLOS (A los demás, por Cebolledo.) ¡El pobre!... (Vase tras Bernardo.)

DAMIÁN (A Montalvo.) Ya oye usted: no dice más que incoherencias.

M. TER. ¿Qué opina usted doctor?

MON. (Dudando,) Yo creo que...

M. TER. La verdad; dígame usted la verdad.

MON. Que está cuerdo, señora.

M. TER. ¡¡Ah!!

DAMIÁN (Mirando a Montalvo con cierta lástima.) (Este hombre no sabe una palabra de medicina.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de día

—

(Al levantarse el telón están en escena MARIA TERESA y DAMIÁN.)

M. TER. ¿De modo que otra vez el conflicto?

DAMIÁN Pero esta es mucho más grave que la anterior. ¿No te digo que se trata de una denuncia en regla presentada en el Gobierno civil de Córdoba?

M. TER. ¡Dios mío! ¡Si Carlos descubriera!...

DAMIÁN Muy desagradable sería efectivamente, pero, ¿qué es eso al lado del quebranto que representaría en vuestra fortuna?

M. TER. ¿Tan grande podría ser?

DAMIÁN Quizá con medio millón de pesetas no saliéramos del paso.

M. TER. ¿Tanto?

DAMIÁN ¿Tú sabes la cantidad de trigo que tenemos aún en «El Robledal»? ¿Pues y el aceite? Apenas se habrán vendido mil arrobas...

M. TER. ¿Y todo eso?...

DAMIÁN Sería decomisado, además de tener que pagar una multa enorme... y además del escándalo consiguiente.

M. TER. Hay que evitarlo a todo trance.

DAMIÁN Espinosa es el único que puede sacarnos del aprieto. El domina en toda la provincia, el gobernador es hechura suya, el ministro le está muy obligado, y sólo él puede conseguir que echen tierra al asunto.

M. TER. Lo conseguirá, sí. ¿Le has visto ya?

DAMIÁN Vengo de buscarle inútilmente en su casa, en el Club, en el Senado...

M. TER. Pues vuelve de nuevo.

DAMIÁN Es que he pensado que tal vez fuera más eficaz que le hablases tú misma. Al fin eres la interesada y él tiene contigo una amistad más estrecha.

M. TER. Acaso por eso precisamente no debo ser yo quien le hable.

DAMIÁN No lo entiendo.

M. TER. Mira, papá: te lo diré con franqueza. Espinosa tiene conmigo ciertas... asiduidades, que, hasta ahora no habían pasado de lo permitido, pero que desde hace algunos días parecen acentuarse con exceso. No me parece delicado pedirle un favor en estas circunstancias.

DAMIÁN Mujer, me figuro que no te habrás contagiado de la locura de tu marido y su absurdo concepto sobre la moralidad. Tú estás por encima de toda suspicacia, María Teresa. Además, Espinosa es un perfecto caballero. Acaso el mismo favor que puede hacerte, le sirva de freno para contener esas... asiduidades de que me hablas.

M. TER. ¿Tú crees?...

DAMIÁN Y por creerlo así, voy a llamar por teléfono a su casa para decirle que venga. Le hablaré si quieres, pero aquí en tu presencia. (Al teléfono.) ¿Central?... Doce treinta y cuatro. Gracias.

M. TER. Creo que hubiera bastado con que tú fueras a verle.

DAMIÁN Ten confianza en mí. (Suena el timbre del teléfono.) Aguarda. (Al aparato.) ¿Doce treinta y cuatro?... ¿Está el señor Espinosa?... Bien. Pues cuando vuelva tenga la bondad de decirle que la señora de Salvatierra desea hablarle en seguida. Es para un asunto urgente... No lo olvide... Gracias. (Deja el aparato.)

M. TER. Me parece una imprudencia llamarle de mi parte.

DAMIÁN No le he llamado. He dicho solamente que deseas hablarle.

M. TER. Sí, pero...

DAMIÁN Lo que no podemos es dejar seguir adelante esa denuncia. ¿Tú has pensado que es una

fortuna, una verdadera fortuna, lo que perderíamos?

M. TER. Casi tanto como eso me preocupa pensar en lo que sucedería si Carlos descubriese que le hemos engañado.

DAMIÁN ¿Vas a comparar una cosa con otra, un quebranto enorme con un pequeño disgusto? Además, que tengo motivos para suponer que Carlos sospecha que no hemos vendido el trigo, como le dijimos para tranquilizarle.

M. TER. ¿Eh? ¿Tú crees?...

DAMIÁN Tengo la seguridad. Hace varios días una imprudencia de Medina, el cajero, le ha hecho enterarse de algunas cosas...

M. TER. ¿Y no te ha dicho nada?

DAMIÁN No, y eso me hace pensar que acaso vaya recobrando la razón.

M. TER. Recuerda que el doctor Montalvo nos dijo ayer mismo que podíamos estar tranquilos, pero que cuidáramos de que Carlos no recibiera ninguna impresión violenta. Por eso temo que la noticia de la denuncia...

DAMIÁN Razón de más para que hablemos con Espinosa. (Mirando hacia la derecha, segundo término.) Mira, aquí viene Carlos con su amigote.

M. TER. Vámonos entonces. No conviene que note nuestro disgusto.

DAMIÁN Tienes razón.

(Se van por la derecha primer término. Por el segundo término de la derecha, entran en escena CARLOS y CEBOLLEDO.)

CARLOS Pero, por Dios Santo, amigo Cebolledo...

BERN. ¡Pupila, don Carlos!

CARLOS Entonces, ¿se ha pasado usted la noche fuera de su casa?

BERN. Sí, señor

CARLOS ¡Pero, hombre!...

BERN. Verá usted: es que mi mujer me dijo ayer a media tarde: «Bernardo, de hoy no pasa que vayas a casa del médico». La pobre cree que no estoy bueno. ¡Como anda un poquillo trastornada!...

CARLOS Sí, claro.

BERN. A mí, francamente, el ir a casa del médico me fastidia; porque como no tengo nada... Ni siquiera me mira la lengua.

CARLOS Naturalmente.

BERN. Pero ella, erre que erre. Que vayas, que va-

yas... Ayer me dijo: «Ahora mismo te vas, y si vuelves y me dices que no has visto al médico, desobedeces a don Carlos». Eso me afectó; y como fuí y el médico se había marchado a Segovia, pues pensé ¡pupila! Si vuelvo y le digo que no lo he visto desobedezco a don Carlos, y como eso no puede ser, pues... no vuelvo. Y no he vuelto.

CARLOS ¡Válgame Dios! ¿Y qué ha hecho usted en toda la noche?

BERN. Anda, divertirme. Primero estuve en el Teatro Real, y luego me fuí al campo... ¡Buen frío he pasado!... ¡Bueno! Pero vaya una noche clara y hermosa. Me tumbé en el campo panza arriba, en una hondonada, que era donde había más humedad, y he estado viendo cómo las estrellas se mudan de un sitio a otro. Porque hay algunas que se están muy quietecitas, pero otras... ¡Anda!... (Como si describiera el ruido de un cohete.) ¡Chchchs!... Para abajo. ¡Chchchs!... Para arriba... Divertidísimo. Una noche tiene usted que venir conmigo para verlas... ¡chchchs!... Se va usted a reir.

CARLOS (¡Infeliz!) ¿Y estuvo usted en el Real?

BERN. Sí, señor, en el paraíso. A mí no me gusta la musica, pero fuí... se lo diré en confianza: a ver el escote a las señoras.

CARLOS ¡Amigo Cebolledo!

BERN. Quería comprobar por mí mismo si era verdad lo que le he oído decir a usted tantas veces sobre la corrupción de las costumbres... Y era verdad, don Carlos... ¡Había cada corrupción!... (Ríe.) ¡Me tiré una plancha!... (Vuelve a reir.) Porque en un palco que había debajo de mí, y del que yo no veía más que un pedacito, pues... (Vuelve a reir.) Nada, que vi de pronto dos cosas muy grandes y yo me dije: ¡vaya un escote! y eran dos calvas juntas. Dos señores que estaban hablando en secreto...

CARLOS Está bien, hombre, está bien.

BERN. Yo creía que iba a encontrarle allí. ¿No está usted abonado?

CARLOS Sí, pero suelo ir muy poco. Mi mujer estuvo.

BERN. La vi, la vi en un palco. Muy compuesta. Estaba con ella ese señor que viene aquí con frecuencia...

CARLOS ¿Espinosa?

BERN. Justo. (Ríe.) No sabe usted lo que me reí con eso.

CARLOS ¿Por qué?

BERN. Porque caí al lado de dos sujetos que conocían a todo el mundo. «Aquél es fulano; aquélla es mengana»... Cuando llegaron al palco de ella dijo el uno al otro: «La de aquél entresuelo es la señora de Salvatierra».—¿Y aquél es su esposo?... ¡Claro! (Ríe.) Lo tomaron por usted. ¡Y qué cosas dijeron de él!... Vamos de usted. ¡Qué mala es la gente, don Carlos!

CARLOS (Con mal disimulada curiosidad.) ¿Y qué dijeron? ¿No recuerda?...

BERN. Pues que usted... es decir, que él... bueno, que Salvatierra, era un acaparador, que se estaba haciendo de oro por faltar a la ley.

CARLOS ¡Ah! ¿Sí?

BERN. ¡Mire usted que decir eso de usted!...

CARLOS ¡Quién hace caso de calumnias!

BERN. Eso pensé yo. Aunque, no crea usted, al principio me dieron ganas de liarme a morradas con ellos.

CARLOS Hubiera sido una locura.

BERN. Por eso precisamente me contuve. Como mi mujer está loca y ya una vez le dió la locura por encerrarme, pensé: caramba, no vaya a creer la gente que el que ahora se ha vuelto loco soy yo y vayan a encerrarme otra vez.

CARLOS Hizo usted perfectamente.

BERN. ¡Pupila! Además, que tuve otra razón para no dar a aquellos hombres su merecido.

CARLOS ¿Otra razón?

BERN. Claro. A no todo el mundo se le ocurre.

CARLOS ¡Hola!

BERN. Sí, señor; porque ellos no murmuraban realmente de usted, sino de Espinosa, con quien le confundían. ¿Eh? El que señalaban como verdugo de los pobres era aquél, el que estaba en el palco, y como aquél no era usted, yo me reía por dentro diciéndome: «Se figuran que hablan mal de don Carlos». ¡Pupila! Bueno, hay que reconocer, que cualquiera se hubiera engañado, porque Espinosa y su señora, parecían efectivamente marido y mujer. (Carlos aprieta los puños.) No dejaron de cuchichear en toda la noche, y

se reían mucho, y se hablaban al oído, como si se dijeran secretitos... Era muy gracioso, ¿no es verdad?

CARLOS Sí... (Se levanta.) Bernardo, va usted a hacerme el mismo favor que ayer.

BERN. Sí, señor.

CARLOS Baje a la puerta, y si vienen preguntando por mí esos hombres que le dije, los conduce usted a mi despacho.

BERN. Sí, señor. A ver si hoy vienen, porque ayer me tuvieron tres horas de plantón... y nada.

CARLOS (Haciendo sonar un timbre.) Vaya, vaya usted.

BERN. Ahora mismo (Medio mutis.) Don Carlos, y a ver si una noche... ¿Eh?

CARLOS ¿Qué?

BERN. A ver cuando viene usted conmigo a ver... (Como antes.) ¡Chchchs!.. ¡Chchchs!... Nos íbamos a divertir muchísimo. (Se va por la segunda puerta de la derecha.)

CARLOS Vaya usted, vaya usted.

JUAN (Por el foro.) ¿Señor?

CARLOS Diga a la señora que deseo hablar con ella. (Juan hace mutis por la primera puerta de la derecha. Carlos pasea un poco agitado, respira fuerte tres o cuatro veces y al cabo se calma, como obedeciendo a alguna honda reflexión..)

JUAN (Entrando en escena de nuevo.) La señora vendrá en seguida. (Se inclina y hace mutis por el foro.)

M. TER. (Por la derecha, primera puerta.) No he venido antes a verte porque creí que estabas con tu amigo...

CARLOS Sí: estaba con él. Le he alejado, porque deseaba hablar a solas contigo. Quería hacerte una pregunta.

M. TER. Tú dirás...

CARLOS ¿Con quién estuviste anoche en el Real?

M. TER. Con tu prima Mercedes, ¿no te lo dije?

CARLOS ¿Y con nadie más que con Mercedes?

M. TER. Con nadie más.

CARLOS Eso no es cierto. También estuvo en el palco Espinosa.

M. TER. De visita... como tantos otros.

CARLOS Como tantos otros, no; porque se pasó a tu lado toda la noche.

M. TER. ¿Qué es esto, Carlos? Me hablas en un tono...

CARLOS En un tono en el que no te he hablado nunca, es verdad, y en el que espero no tener que volver a hablarte; pero hoy ya es in-

dispensable que tengamos una explicación clara, sin eufemismos...

M. TER. ¿Sobre qué?

CARLOS Sobre muchas cosas. Con el pretexto de que yo vivo fuera de la realidad, de que soy un hombre de una rectitud exagerada—lo cual no es cierto, porque ni en la rectitud puede haber exageración, ni yo pretendo más que cumplir con mi deber - mi casa no se rige por mi criterio, sino por el que vosotros llamais «el del mundo», con el que yo no estoy conforme.

M. TER. No sé a qué puedes referirte ahora.

CARLOS A todo, María Teresa; a todo. ¿Acaso aquí se tienen en cuenta para nada, mi voluntad, mi deseo? Un día es algo que afecta a mi conciencia; ganancias ilícitas obtenidas fuera de la ley; otro, y esto es peor, algo que afecta a mi buen nombre: ver que mi mujer comete ligerezas inexcusables.

M. TER. ¿Yo?

CARLOS Sí, tú, que pones en peligro tu reputación, con ciertas amistades que no son de mi agrado.

M. TER. ¡Carlos! ¿Vas a sospechar?...

CARLOS ¿De tu honradez? Nunca. Antes que de ti dudaría de mí mismo. Tú eres la madre de mis hijos. Si te creyera capaz de faltar a tu deber, enloquecería. Pero sin llegar a ese extremo, puede una mujer cometer culpas y culpas graves, si no según tu criterio, según el mío. Anoche en el Real llamó la atención, tu modo de hablar con Espinosa. (A un movimiento de María Teresa.) No me preguntes por quién lo sé, porque ni hace al caso, ni quiero prolongar esta conversación que me resulta tan desagradable como a ti. Quiero decirte únicamente que ayer diste un mal paso, que estoy seguro de que no se repetirá. Es preciso que acabe de una vez tu amistad con Espinosa. Y con esto termina el sermón. Perdónamelo en gracia a que es mi mucho cariño hacia ti el que me lo ha inspirado.

M. TER. Yo haré cuanto me mandes; pero créeme, Carlos; si yo tengo la manga un poco ancha en ciertas cuestiones y eso me perjudica en tu opinión, tú tienes en cambio demasiado

rigor, y eso te perjudica también, en opinión de muchos.

CARLOS ¿Por qué?

M. TER. Porque como piensas en todo de distinta manera que la gente, son muchos los que creen que es... vamos, una manía.

CARLOS ¡Ah! Creen que no estoy bien curado ¿eh? Pues mira me afirmo más, después de lo que dices, en la necesidad de no transigir en nada con el criterio de la gente.

M. TER. ¿Por qué?

CARLOS Porque si en el mundo ha llegado a perderse de tal modo el sentido moral, que al que cumple con su deber se le toma por demente, esa es la mejor prueba de la obligación en que estamos los que no lo hemos perdido, de dar buen ejemplo.

M. TER. ¿Y no temes que te tengan por loco?

CARLOS Por el contrario, lo que quisiera es ver enloquecidos a todos mis semejantes, puesto que en los tiempos que corren se le llama locura a la rectitud.

BERN. (Por la derecha, segunda puerta.) Don Carlos... Aquí están.

CARLOS (Confuso.) ¿Eh?

M. TER. ¿Quién es?...

CARLOS Unos hombres con quienes tengo que hablar.

M. TER. Te dejo entonces.

CARLOS Sí: luego iré a buscarte y saldremos juntos. Necesito esta tarde tomar un poco el aire.

M. TER. ¡Ah! Papá me ha preguntado por ti. Dice que hoy no te ha visto.

CARLOS Como he comido fuera... ¿Está ahí?

M. TER. Sí.

CARLOS Voy a saludarle... (A Cebolledo.) Que pasen esos hombres y que me esperen. Vuelvo en seguida.

BERN. Está muy bien. (Se van María Teresa y Carlos por la primera puerta de la derecha, Bernardo se asoma a la segunda puerta de este lateral y llama.) ¡Oigan! ¡Chis!... Entren ustedes...

(Entran en escena ARJONA, PICAZO y CARLOTILLA. Son tres camperos y vienen con los trajes de los días festivos. Arjona es un hombre como de cincuenta años; Carlotilla, su hija, frisa en los diez y ocho. Picazo aun no ha cumplido los cuarenta. Entran con la natural cortedad.)

ARJ. ¿Otra vez er tío este?

PIC. (Aparte a Arjona.) Compare, ¿quién será este gachó que dise esas cosas tan raras?

ARJ. A lo mejón es un diputao.

PIC. Pos como a mí me güerva a insurtá le ví arreá un guantazo.

CARL. Cudiao, Picazo, que esta gente es mu malina.

BERN. Pasen, pasen y no se sienten aunque se les diga. Delante del amo los servidores deben permanecer de pie.

ARJ. Sí, señó.

PIC. Se hará como usté lo manda.

CARL. (Josú; con lo rendía que yo vengo...)

BERN. Pupila ¿eh? Ustedes son esclavos. ¡Esclavos!

PIC. (Pacientemente, después de reprimir su primer impulso de protesta.) Güeno está, hombre, güeno está.

BERN. Y delante del amo, hay que arrodillarse y hundir la frente en el polvo tres veces.

PIC. (Socarronamente.) ¿No serán muchas?

BERN. ¡Tres veces! No olviden ustedes que son esclavos. ¡Pupila! (Al ver que Picazo sonríe irónico.) ¿De qué sonríe usted?

PIC. De que ya eso s'acabó, amigo. (A Arjona que le tira de la chaqueta.) Déjeme usté, compare, que aquí... er diputao s'ha creído que semos .. ¿cómo se llaman esos que no saben leé ni escribí?

ARJ. Iconoclastas.

PIC. Eso.

BERN. ¿Eh?

ARJ. Sí, señó; iconoclastas; s'ha creío que semos iconoclastas y usté lee de corrido y la niña lee de corrido y yo, si no sé leé es porque no quiero. Eso de los esclavos s'arremató cuando los abuelió Castelá y ya está dicho. Hoy las aguas van por otros carriles y a quien le pique que se rasque. (Imitándole) ¡Pupila!

BERN. Pero oiga usted...

PIC. Na, hombre, que yo no m'arroíyo elante e naide.

ARJ. Ni yo; ni ésta que es mi hija. Respeto, er que haiga nesesidá; ducasión la que sea menesté, pero ca uno es ca uno y si él es el amo, nosotro no semos bestias. Hoy el derecho de los colertivos ampara al individuá

del pueblo y si no, ahí está Rusia. La tierra pa el que la produse y que se arroíye San Juan. Er campo no es ya er campo.

BERN. Advierto a ustedes que anoche estuve yo en el campo.

ARJ. ¿En el Robledal?

BERN. Al lado de la carretera: en la cuneta; panza arriba. (Se miran los otros.) La osa sin moverse; pero las otras... (Como antes.) ¡chchchs!... Para arriba. . ¡Chchchs!... Para abajo... ¡Precioso! (Se vuelven los tres a mirar.) Mejor que el Real con las corrupciones. ¿Eh? (Se acerca a la primera puerta de la derecha.) Aquí viene ya don Carlos.

PIC. (A Arjona.) ¿Qué hasemos, compare? ¿Nos arroiyamos?

ARJ. No señó. ¿Aonde s'ha visto eso? ¡Ni que fuera er Santolio!

CARL. (Un poco nerviosa.) Aquí está ya.

CARLOS (Por la derecha primer término.) Buenas tardes, señores.

ARJ. Pa servirle.

PIC. Buas tardes.

CARL. Güenas tardes.

CARLOS ¿Qué tal? ¿Cómo están ustedes? (Da la mano a Picazo y Arjona.)

PIC. Bien y a su mandao.

ARJ. Lo mesmo digo, señorito.

PIC. Dispense usté que no nos arroiyemos, como qu ere aquí... er diputao, pero ca uno tiene sus creensias.

CARLOS (Riendo.) ¿Eh? ¿Pero os ha dicho?... (Vuelve a reir.) ¡Este Cebolledo!... (A Picazo y Arjona, bajando un poco la voz.) No le hagan ustedes caso. (Se separa de ellos.)

ARJ. (Aparte a Picazo por Bernardo.) Mos ha tomao er pelo.

PIC. (Idem.) Pos a mí me las paga.

CARLOS Siéntense.

ARJ. No señó, señorito: estamos bien asina.

CARLOS Vamos, hombre, siéntense.

PIC. . Déjeló usté; es comodidá.

CARLOS Como quieran. (Ofreciendo una silla a Carlota.) Tome usted.

CARL. Yo l'asetaría, señorito, porque estoy rendía, pero no señó; enque me caiga reonda.

CARLOS Bien...

BERN. (Indignado.) ¿Pero no han oído ustedes, que

se sienten, o es que van a desobedecer al amo?

CARLOS Déjelos, Cebolledo, déjelos.

PIC. (Por Bernardo) Aquí, er diputao, tan gromista.

CARLOS Sí... (Lo han hecho diputado quieras que no.) (Sentándose.) ¿Cuál de los dos es Arjona, el casero del Robledal?

ARJ. Un servió. Y aquí, es mi hija.

CARL. Serviora de Dios y de usté.

CARLOS Entonces usted es Picazo, el del Olivar, ¿no?

PIC. Pa servirle, sí señó. Güeno, soy Picazo, el hijo; porque el Picazo, Picazo, amos, er Picazo Picazo, es mi padre. Solo que mi padre me dijo, vé tú a Madrí, porque yo tengo mis achaques y yo hoy no me meto en er tren.

CARLOS ¿Estaba enfermo?...

PIC. No, señó: está mu sano. Son achaques. Amos, que en martes no se mete en er tren ni pa Dios. Achaques. (Bernardo ríe y Picazo le mira con la peor de las intenciones.)

CARLOS Pues les he mandado llamar porque deseaba saber algunos detalles...

ARJ. Sí, señó; nos lo figuramos cuando recibimos el parte. Porque yo le escribí a don Damián contándole lo ocurrío, pero como la cosa es grave y uno por escrito no se expresa bien...

PIC. ¡Menúo jaleo se ha armao!

CARLOS ¿Eh?

ARJ. Yo sabía que tenía que susedé. Esos lechusos tienen una narí mu larga y aluego no farta quien les vaya con er soplo. Hoy es mu difisi ocurtá na, señorito.

CARLOS (Que empieza a comprender.) ¡Ah! Pero...

ARJ. Y cuidiao que er trigo estaba bien guardao, porque, vamos, el aseite, ¿aonde vasté a meté el aseite que no sea en sus tenajas? Pero el trigo... Quinientas fanegas teníamos en er granero, que fueron las que dijo don Damián que se declararon, pero las otras siete mil estaban repartías en er tinao, en lo que fué palomá y en la casa de los señores, que hubo que quitá hasta los muebles.

PIC. Y tó pa ná.

CARLOS ¡Siete mil fanegas!... ¿Y también de aceite?...

PIC. Toa la cosecha. Una fortuna. Ahora que ni mi padre ni yo habemos firmao na. Er tío llegó, vió, echó sus cuentas y allá él.

ARJ. Tampoco yo firmé na. Primero, porque no sé. Yo me quité d'enmedio y eché a ésta por delante. Las mujeres son siempre otra cosa que los hombres. Y que le diga ésta.

CARL. ¡Josú!... Lo quemao que estaba er tío. «¿Y aquí, cuántas fanegas hay?—Qué sé yo: cuéntelas usté.—Deme usté una medía.—S'ha roto.—¿Pos cómo las cuento entonses?—Grano a grano...» Y así hasta que se fué. Y a tó esto, la gente en la puerta, gritando: «¡Muera el amo!... ¡Que lo ajorquen!... ¡Ladrón der pueblo!...»

ARJ. (A Carlota.) ¡Calla!...

CARLOS (Lívido, secándose el sudor.) ¡Ladrón del pueblo yo!.. ¡¡Yo!!... (Pausa. Bernardo se acerca a él y mira a los camperos como un tigre que se dispone a saltar sobre su presa.)

BERN. ¿Pero qué está diciendo esa gente?

CARLOS Deje, deje. ¿Y han presentado una denuncia?...

PIC. En Córdoba, sí señó. Yo creí que nos llamaba usted pa eso.

ARJ. Ahora que como usted tiene influjo.. Y en lo que toca a la gente de allí, a los der pueblo... juntándole la mano a Torrearta...

CARLOS ¿Eh? ¿Quién es Torrealta?

ARJ. Er que manda en los obreros. Er que les dice cuándo deben de í a la huelga y a quién deben votar, ersétera, ersétera. A ese le da usté sien duros, es un poné, y él güerve la tortilla y hase ve que lo negro es blanco y mos queamos tós tan conformes. Recua que semos.

CARLOS Bien, bien, basta... Bernardo, acompañe usted a esos hombres. Que no se vayan. Enséñeles el jardín y las cuadras y lo que quieran ver, pero que no se vayan; puedo necesitar de ellos.

BERN. Ya lo han oído ¡Pupila! ¿Le han disgustado a usted, don Carlos?

CARLOS No, no...

BERN. Le han disgustado, sí.

CARLOS Ande, ande: llévelos, acompáñelos.

BERN. Vamos.

ARJ. De aquí a luego.

PIC. Mandá.

CARL. Buenas tardes.

BERN. (Haciendo mutis por la segunda puerta de la derecha.

con Arjona, Picazo y Carlotilla.) (Le han disgustado. Pero anda, que ahora en la cuadra, van a comer paja los tres. ¡Ya lo creo! ¡Pupila! ¡A la cuadra! ¡Vamos! (Mutis.)

CARLOS (Dejándose caer en una silla y apretándose la frente con las manos.) ¡¡Yo!!... ¡¡Ladrón del pueblo, yo!!...

JES. (Discutiendo con JUAN en la puerta del foro.) ¡No, señor! Tengo orden de pasar siempre que venga.

JUAN ¿Pero?...

JES. El mismo se lo dirá a usted. (Avanzando.) Don Carlos...

CARLOS (Levantándose de un salto, como si le hubieran aplicado una corriente eléctrica.) ¿Eh? ¿Qué? ¡Quién!...

JES. (Un poco asustada.) Soy yo..

CARLOS ¿Qué?... (Calmándose, como si despertara de una pesadilla.) ¡Ah! Jesusa... Sí... Entre, pase; perdóneme... (Juan desaparece por el foro.) Estaba un poco... no sé. Siéntese.

JES. Usted perdone que yo...

CARLOS Sí, sí; dígame, dígame.

JES. Nada, que estoy alarmadísima. Hace veinticuatro horas que Bernardo salió de casa y aún no ha vuelto.

CARLOS Pues no se alarme: tranquilícese. Bernardo está aquí bueno y sano. Acabo de suplicarle que acompañe al jardín a unos hombres que han venido a visitarme. No le engaño, no. Podrá usted verle desde el balcón. Venga, asómese. (Se acerca al balcón.) Sí: ya salen. Véale.

JES. ¡Ay, gracias a Dios!... No sabe usted el peso que se me quita de encima. El pobre está cada día peor, don Carlos. Cada día tiene menos juicio. Y ya no sé qué hacer ni con quién consultar. Ahora me han hablado de un médico que dicen que es una especialidad en esas enfermedades, que hace cosas milagrosas. Estuve ayer, pero me dijo que volviera dentro de una semana porque estos días está muy ocupado observando a dos personas que no se sabe si están locas o no. Debe ser un gran especialista. Me contó que para que no sospechen, tiene algunas veces hasta que disfrazarse, y que entra en las casas ocultando que es médico.

CARLOS Con los dementes conviene tomar esas precauciones.

JES. ¡Qué desgracia, Dios mío!... ¡Qué desgracia! En fin, no quiero fastidiarle más, don Carlos. Envíeme usted a Bernardo a casa, en cuanto pueda. El no hace caso de nadie más que de usted.

CARLOS Yo haré que vaya. Márchese tranquila.

JES. ¡Dios le pague lo bueno que es con nosotros!

CARLOS Vaya, vaya...

JES. (Mirando hacia la derecha primer término.) ¿Eh? ¡Sí!...

CARLOS ¿Qué?

JES. Es él; el doctor Montalvo: el especialista.

CARLOS (Aterrado.) ¿Eh?

JES. ¿Es amigo de ustedes?...

CARLOS (Un poco tembloroso, descompuesto.) No sé... Sí... Es... Es amigo...

JES. ¿Pero qué le sucede?... ¿Está usted enfermo? ¿Quiere usted que llame?

CARLOS Nada, nada; que hoy no... no me encuentro bien, pero no es nada, nada.

JES. Si quisiera usted recomendarme al doctor...

CARLOS Luego, sí, luego. (Indicándole la puerta del foro.)

JES. Ya conozco el camino. No se moleste en acompañarme... Gracias, don Carlos... Adiós.

CARLOS A... diós... (La despide más con la mano y con el gesto que con la voz; la voz no le sale. Jesusa se va por la puerta indicada y Carlos queda en el centro de la escena, pálido, tembloroso, como sonámbulo.) ¡Sospechan!... ¡Creen que yo!... (Se lleva las manos a la garganta.) No... no puedo... (Casi sin voz. Hace mutis por la segunda puerta de la derecha. Este mutis queda encomendado al talento del actor. Un momento de pausa y entran por el foro ESPINOSA y JUAN.)

JUAN Pase usted: la señora no tardará.

ESP. Gracias. (Juan saluda y se va por el foro.)

M. TER. (Por la primera puerta de la derecha.) ¡Oh! Cuánto le agradezco...

ESP. Acabo de saber que me ha llamado urgentemente.

M. TER. Yo no: mi padre.

ESP. Me dijeron que era usted...

M. TER. Bueno; los dos; los dos necesitamos de su influencia.

ESP. En nada podría emplearla con tanto gusto como en complacerla. ¿De qué se trata?

M. TER. De un verdadero conflicto. A usted puedo hablarle sin rodeos, puesto que está enterado de que en nuestro Cortijo del Robledal

tenemos sin vender una gran parte de los productos de la finca...

ESP. ¡Ah! Vamos, sí... Ya le he dicho a su padre que no se preocupe; que yo estaré a la mira...

M. TER. ¿Pero usted sabe que ha sido presentada una denuncia?

ESP. ¿Cómo?

M. TER. Una denuncia en regla ante el Gobernador de la provincia...

ESP. ¡Caramba! Eso es grave... Ahora se han puesto en moda esos... descubrimientos.

M. TER. Mi padre dice que usted es el único que puede salvar la situación. Políticamente es usted el amo de aquella provincia y el actual Ministro le está muy reconocido...

ESP. Hoy mismo le veré y ahora hablaré por teléfono con el Gobernador para que busque la forma de echar tierra a ese asunto.

M. TER. Por Dios, Espinosa; no lo descuide...

ESP. ¿Me hace usted la ofensa de suponer que puedo descuidar lo que afecta a sus intereses?

M. TER. Mis intereses son los que menos me importan en este momento. Lo que principalmente deseo es evitar que mi marido descubra que le he engañado. Una impresión fuerte sería muy perjudicial para su salud y yo tengo el deber...

ESP. ¡Bah!

M. TER. Vaya, vaya cuanto antes a buscar la solución del conflicto. Se lo agradeceré toda la vida.

ESP. Calma. Yo me encargo de gestionar el asunto, pero no me tase con tanto rigor el placer de disfrutar de su compañía. Ha tenido usted la clemencia de llamarme; no cometa ahora la crueldad de despedirme tan pronto.

M. TER. Ya hablaremos... en otra ocasión.

ESP. ¿En otra?... Y en esta también. Para mí hablar con usted es siempre una ventura.

M. TER. ¿Volvemos a las andadas, Espinosa? Anoche me prometió usted..

ESP. Le prometí contener el grito de mi cariño, si podía; pero ahora, habiéndome llamado...:

M. TER. No me parece digno de usted ponerle precio al favor que le he pedido.

ESP. Usted no puede pedirme a mí favores; por

el contrario, me los otorga cuando me proporciona el placer de servirla.

(En este momento entra sigilosamente en escena, por la puerta del foro, BERNARDO. Al ver a Espinosa y a María Teresa, se detiene, sonríe, hace un gesto picaresco, escucha un instante y al cabo hace mutis por la segunda puerta de la derecha, sin ser visto ni por María Teresa ni por Espinosa.)

M. TER. En ese caso insisto en mi deseo. Vaya usted en seguida.

ESP. ¿Sin decirle antes una vez más que la quiero?

M. TER. Ya le he dicho que yo no puedo oir eso.

ESP. Puede usted, María Teresa. La prueba es... que lo oye.

M. TER. Su insistencia va a obligarme a cerrarle las puertas de mi casa; a evitar toda ocasión de encontrarnos.

ESP. No hará usted eso.

M. TER. ¿Por qué?

ESP. (Cogiéndola una mano y pretendiendo abrazarla.) Porque yo...

M. TER. (Zafándose bruscamente.) ¡Espinosa! .. Acaba usted de cometer una villanía y una torpeza a la vez. Salga usted de aquí y... ¡no vuelva nunca!

ESP. Tengo que volver mañana a darle la contestación del asunto que me ha encomendado.

M. TER. ¡No, no! Me arrepiento de haberlo hecho. Haga usted cuenta de que nada le dije. ¡No quiero!

ESP. Usted no puede privarme de la satisfacción de serle útil, María Teresa. Hasta mañana. (Se va por el foro.)

M. TER. ¡Canalla!... (Se va por la primera puerta de la derecha.)

(Por la segunda puerta de este lateral entran en escena CARLOS y BERNARDO.)

CARLOS (Tambaleándose como si estuviera ebrio.) ¡No!... ¡No!...

BERN. Sí. Mire, asómese; aún se le ve.

CARLOS (Desde la puerta del foro.) Sí...

BERN. Estaban como anoche en el palco... charla que te charla... Y él la decía que la quería... (Sonríe Carlos.) La quiere todo el mundo: es muy buena.

CARLOS (Sinceramente y con cierto candor.) ¿Verdad que

sí? Muy buena. Son los otros los malos. Por eso va a ser necesario... (Se queda pensativo.) ¡Sí! (Como si viera algo muy gracioso rompe a reir locamente.) Pero hay que tener cuidado, Bernardo. Mucho cuidado...

BERN. (Interesadísimo.) ¿Con qué?

CARLOS Con lo que se dice. Querrían encerrarle...

BERN. ¿A mí?

CARLOS A los dos.

BERN. (Riendo.) Pues yo he encerrado a los tres.

CARLOS ¿A Espinosa también?

BERN. No, a los otros: a los del campo. Se pararon a hablar con don Damián y oí que don Damián les decía: «han hecho ustedes muy mal en decírselo, porque está «tocado» y esa noticia puede acabar de trastornarle...» (Sofocando la risa.) ¡Tocado usted!

CARLOS (Idem.) ¡Yo!... (Ríen como dos chicos.)

BERN. Por eso yo pensé: estos están locos, voy a encerrarlos, y cuando se marchó don Damián los llevé a la carbonera del sótano, les dije: pasen ustedes, que por aquí se va a la bodega y... ¡zás! Allí los he dejado bajo llave. (Ríen) ¡Lo que gritaba la muchacha!...

CARLOS (Tras una pausa.) ¡Caramba!

BERN. ¿Qué?

CARLOS Que hay que abrirles.

BERN. Mañana.

CARLOS No, ahora.

BERN. ¿Por qué?

CARLOS Porque creerían que estaba usted loco, le encerrarian a usted, y entonces, ¿de quién iba yo a valerme para salvar a María Teresa?

BERN. Es verdad.

CARLOS Corra usted, ábrales. Hay que tener mucho cuidado, Cebolledo. Es necesario que no sospechen... Corra.

BERN. Voy. Está usted en todo, don Carlos.

CARLOS En todo; pero... silencio, cautela. Para salvarla hace falta mucha cautela.

BERN. Sí, señor.

CARLOS ¡Vuele!

BERN. Sí, señor. (Se va por el foro.)

M. TER. (Con Damián por la primera puerta de la derecha, seguida de Montalvo.) Me da miedo, padre.

DAMIÁN No hay más remedio que afrontar la situación. Esos hombres le han enterado de todo.

M. TER. (A Montalvo, angustiadísima.) ¡Doctor!

MON. Calma, señora; veamos. Puesto que ya lo sabe...

CARLOS (Volviéndose y advirtiendo la presencia de los demás.) ¿Eh?... (Por Montalvo.) (¡El también!...)

DAMIÁN Carlos... Venimos a decirte...

CARLOS (Afablemente.) Me lo figuro. Saben ustedes que he hablado con esos hombres y que estoy al corriente de cuanto sucede, ¿no?

DAMIÁN En efecto. María Teresa y yo lamentamos...

M. TER. Perdóname, Carlos. Reconozco que he procedido mal desobedeciéndote, pero... aún podemos hacer lo que tú dispongas. Si tú lo quieres, regalaremos a los necesitados cuantos productos tenemos en la finca.

CARLOS Poco a poco, María Teresa. Esos necesitados no te agradecerían el favor. Me han dicho esos hombres del Robledal, que los nuestros, los que llevan tantos años comiendo nuestro pan, los que nos deben cuanto son, gritaban a la puerta del caserío: «muera el amo»... ¡Canallas!... No merecen nuestra caridad. Son ingratos, ruines, miserables. Estoy viendo que en este mundo cada uno va a su negocio, que es necio el pretender corregir a la humanidad, que es estúpido el no pensar como la generalidad de las gentes. Mi rectitud, mi austeridad, mi modo de ver la vida acaban de parecerme... grotescas... Decididamente tenían ustedes razón y yo no.

M. TER. (Con alegría.) ¡Carlos! ¿Es posible?...

DAMIÁN (Idem.) ¿Empiezas a comprender?

CARLOS Empiezo a comprender que no tengo fuerzas para sostener una lucha en la que al fin tendría que ser vencido. Seamos un poco egoístas, pensemos en nosotros mismos, en nuestros hijos, a los que hay que asegurarles el bienestar y la ventura. Hicieron ustedes bien aprovechándose de las circunstancias y vendiendo caro en lugar de barato. Hagamos ahora lo mismo. Eso de la denuncia puede arreglarse: Espinosa tiene una gran influencia; pon el asunto en sus manos.

M. TER. Ya lo he hecho. Perdóname.

CARLOS ¿Perdonarte? ¿Por qué?

M. TER. Como antes me dijiste...

CARLOS ¡Bah! Antes tenía otro criterio; ahora tengo el vuestro, que es el razonable.

DAMIÁN ¡Esto es un milagro!

CARLOS (Acercándose al mirador.) ¿Eh? Parece que es Bernardo el que grita...

M. TER. ¿Qué opinas de este cambio, papá?

DAMIÁN Que debemos felicitarnos, hija mía. Tu marido ha recobrado por fin la razón. ¿Verdad, doctor, que ya no está loco?

MON. No sé...

DAMIÁN ¿Eh?...

MON. Puede que yo me equivoque, pero me parece que es ahora cuando empieza a desvariar.

M. TER. ¡Por Dios!...

DAMIÁN (Decididamente este hombre es un perfecto ignorante.)

BERN. (Por el foro, con un ojo hinchado.) ¡Don Carlos!...

CARLOS ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué le sucede?...

BERN. Nada; esos, que al abrirles, me han... Pero eso no es lo importante; lo importante es que... ¡Chchchs!... ¡¡He vuelto a ver las estrellas!! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de noche; una noche lluviosa, ventosa, tormentosa, horrorosa. De vez en vez y cuando se indique sonará lejos el estampido de un trueno y cerca el zumbido del viento.

—

(Están en escena MARÍA TERESA, LUISA, ROSITA, CARLOS, ESPINOSA, DAMIÁN, MONTALVO y GENARO. Luisa, madre de Rosita y esposa de Genaro, es una cincuentona de buen ver. Rosita es una muchacha de veinte años y Genaro un señor de sesenta. Al levantarse el telón Carlos juega al ajedrez con Damián y Montalvo asiste a la partida. Espinosa charla en primer término con Genaro, y María Teresa forma grupo con Luisa y Rosita.)

ESP. (Entreabiendo el cortinaje del balcón.) ¡Qué atrocidad! Llueve de un modo inusitado.

GEN. Y hace un viento de todos los demonios. (Brilla un relámpago seguido de su trueno correspondiente.)

ROS. Y tú estrenando.

ESP. (Cerrando el cortinaje.) ¡Ya escampa!

M. TER. ¡Jesús!

LUISA ¡Santa Bárbara!... (Siguen hablando.)

GEN. Y lo peor es el frío que hace.

ESP. ¡Bah! El frío es lo de menos.

GEN. Claro; usted tendrá abajo su automóvil...

ESP. No: esta noche he venido a pie. ¿Ustedes han traído coche?

GEN. Nosotros no podemos permitirnos esos lujos: la cátedra no da para tanto, señor Espinosa. (Nuevo trueno un poco más lejos.) ¡Zambomba!... (Cualquiera sale de aquí esta noche. Y mi mujer que trae el vestido nuevo...)

MON. Esa reina está muy en peligro.

CARLOS Voy a darle mate en dos o tres jugadas.

DAMIÁN ¡Eh! Cuidado con las amenazas.

MON. Sí, que don Damián debe ser un jugador de fuerza.

CARLOS También yo tengo alguna, aunque usted crea que mi cabeza no está firme, querido doctor.

MON. (Riéndose.) Es usted la persona más rencorosa que conozco. Todavía no me ha perdonado el engaño.

CARLOS ¡Quiá! Ni se lo perdono Y para vengarme de usted pienso presentarle a todos mis amigos, no como médico, sino como exportador de trigo. (Ríen.)

DAMIÁN (A Carlos.) Te advierto que me tienes hace media hora esperando a que juegues.

CARLOS Es verdad.

MON. Yo soy el culpable: perdón. A los jugadores de ajedrez no debe interrumpírseles. (Se retira de la mesa.)

DAMIÁN Pero hombre...

MON. Nada, nada; acaben su partida. (Se acerca a Espinosa que habla con Genaro.)

M. TER. (A Luisa y Rosita) Un momento: voy a preguntar al doctor... (Se acerca al grupo que forman Espinosa, Montalvo y Genaro y habla con ellos.)

ROS. ¿Y qué hacemos, mamá?

LUISA No sé, hija, no sé; tu padre decidirá.

GEN. (Acercándose a Luisa y Rosita.) No hay solución.

LUISA ¿Eh?

GEN. El auto de Salvatierrra está en el taller; Espinosa ha venido a pie y el doctor Montalvo trae un coche de dos asientos. Tenemos que mojarnos.

LUISA ¡Dios mío, mi traje!

ROS. Y que gota que te caiga, mancha que te queda.

GEN. ¿Qué quieres? Paciencia.

LUISA Si el doctor quisiera dejarme en casa...

GEN. ¡Mujer!...

LUISA ¿Eh?

GEN. Tú sola con él en un coche... Nada, pediremos al criado unos paraguas y sea lo que Dios quiera.

ROS. Mamá, por Dios.

LUISA Yo no me estropeo el vestido. Prefiero pasar la noche en la escalera.

GEN. Pero...

LUISA Mira, nos iremos cuando se vaya el doctor y ya en la calle, veremos quién se va a pie.

ROS. Toma, él.

GEN. Ya lo creo. Como tú te lo propongas, el que se moja es Montalvo. (Siguen hablando.)

M. TER. ¿Pero en qué se funda usted para pensar de esa manera, doctor?

MON. En lo repentino del cambio, señora. No es concebible que una persona cambie tan súbitamente de modo de pensar, más aún, de manera de ser.

M. TER. El mismo lo explica de un modo bien satisfactorio. Se ha convencido de que para vivir en el mundo hay que pensar como todo el mundo piensa.

MON. Sí, sí; pero...

M. TER. ¡Por Dios! No me asuste usted, doctor.

MON. Yo le aconsejo, señora, que viva prevenida. Ahora, más que nunca, debe ser objeto su esposo de la más escrupulosa observación.

ESP. ¿Pero es que teme usted alguna recaída... violenta?...

MON. Todo es posible, amigo Espinosa. No quiere decir esto que haya de ocurrir forzosamente; tal vez peque yo en este caso de pesimista, pero el deber del médico es prevenir...

ESP. Claro.

M. TER. Entonces, usted cree que...

CARLOS (Llamando.) Vean, vean ustedes cómo fracasan los genios.

GEN. ¿Eh?

CARLOS El invencible acorralado. Doctor, aconséjele usted. ¡Está perdido!

MON. ¿A ver? (Se acercan todos a Carlos y Damián, excepto María Teresa y Espinosa.)

ESP. No se preocupe usted, María Teresa; los médicos suelen exagerar un poco para que luego el éxito tenga mayor resonancia...

M. TER. Sí; tal vez, pero...

ESP. La conducta de Carlos no puede ser más correcta. En lo que a mí se refiere es de una sensatez admirable. Antes, recuerde usted que me miraba con gran desconfianza y hasta con cierta agresividad, pero ahora...

M. TER. Pues por lo mismo que Carlos ya no desconfía, es más censurable que me asedie usted de este modo.

ESP. ¿Asediarla y apenas la hablo de mi cariño y me paso días y días sin verla?...

M. TER. ¡Que diga usted eso, habiendo llegado hasta!...

ESP. ¿Hasta qué?

M. TER. Rubor me da decirlo. Hasta sobornar a mis criados...

ESP. Algún cuento de Felisa. Yo le diré...

M. TER. Felisa ya no está en casa y espero que será la última doncella que me obligue usted a despedir.

ESP. ¿Cómo? ¿Ha echado usted a esa pobre muchacha?..

M. TER. ¿Le extraña, después de lo que tenía usted concertado con ella?

ESP. ¿Yo?

M. TER. Parece mentira que me estime usted en tan poco, que sea capaz de pedirle a una criada que le introduzca furtivamente en mi tocador...

ESP. ¡María Teresa!..

M. TER. Crea usted que si no le debiera tantas pruebas de amistad no hubiera soportado el agravio.

ESP. Eso sí que parece mentira; eso sí que es agraviarme a mí: recordar servicios de orden mezquino cuando se trata de mi cariño; de un cariño tan probado como el que le profeso.

M. TER. Convénzase usted, Espinosa, de que no hay más que una manera de que podamos entendernos.

ESP. ¿Cuál?

M. TER. Que convirtamos en amistad—en una amistad todo lo estrecha, todo lo cariñosa que usted quiera, pero amistad solamente,—ese otro afecto que usted dice profesarme.

ESP. Si no me repugnara engañarla, le diría que sí y procuraría luego sacar partido de la intimidad con que me brinda; pero ni con eso transijo, tratándose del sentimiento que me inspira. Yo no seré nunca amigo suyo; el cariño, qué digo el cariño, la adoración, no se transforma en amistad y yo la adoro a usted.

M. TER. ¡Espinosa!...

ESP. No me importa arrostrar sus iras... Sépalo. Yo no abandonaré nunca la empresa; lucha-

ré por todos los medios hasta conseguir el bien que ambiciono.

M. TER. Y yo me veré obligada a cerrarle las puertas de mi casa.

ESP. No dejarme entrar en ella a la luz del día, equivaldría a incitarme a que entrara clandestinamente.

M. TER. ¿Sería usted capaz?

ESP. De todo.

M. TER. Basta, que estamos llamando la atención. (Acercándose a los que juegan.) Veo que la derrota tarda más de lo que tú esperabas.

CARLOS No; quiá; mira... (Hace una jugada.) ¡Ya! (Se levanta riendo.) Querido suegro, esta noche ha podido más el discípulo. Haré grabar la fecha en el tablero.

DAMIÁN No me lo explico, señores; pero en fin, ante la evidencia hay que rendirse. Me ha ganado.

CARLOS Miraré la hora, porque sabe Dios cuándo me veré en otra semejante. ¡La una y veinte!

MON. ¿Cómo? ¿Tan tarde?

LUISA ¿La una y veinte ya? En esta casa las horas se hacen minutos.

M. TER. Muy amable.

MON. (Despidiéndose.) María Teresa.

M. TER. ¿Se marcha usted ya?

MON. Sí.

LUISA Y nosotros también. ¿Vamos, Genaro?

GEN. A tus órdenes.

M. TER. ¿Pero tan pronto?...

LUISA Adiós, amiga mía... No; no se molesten...

CARLOS Por Dios, señora...

LUISA (A Espinosa y Damián.) Buenas noches.

GEN. (Idem.) Adiós, señores.

ROS. (Idem.) Muy buenas noches.

ESP. Adiós.

DAMIÁN Buenas noches.

MON. Hasta mañana, señores.

DAMIÁN Hasta mañana.

(Se van por el foro María Teresa, Luisa, Rosita, Carlos, Montalvo y Genaro.)

ESP. (A Damián.) Oiga usted: nos ha dicho Montalvo que no encuentra a Carlos bien del todo.

DAMIÁN ¡Bah! Ríase usted.

ESP. ¿Usted cree?...

DAMIÁN Carlos está mejor que nunca; se lo aseguro.

ESP. Esa es también mi opinión.

DAMIÁN Precisamente esta mañana y por iniciativa suya hemos hecho un lindo negocio que me ha demostrado hasta la evidencia su equilibrio mental.

ESP. Pues María Teresa está un poco asustada..

DAMIÁN Ahora hablaré yo con ella y la tranquilizaré.

ESP. De modo que usted no ha observado en él ningún síntoma alarmante...

DAMIÁN En absoluto. No puedo creer que un momento de nerviosismo, de irascibilidad, si usted quiere, sea bastante para alarmar a nadie. ¿Quién no tiene al cabo del día un minuto de desasosiego o de mal humor? Esta tarde, es cierto, ha estado Carlos un poco excitado, pero era debido sin duda a la depresión atmosférica. Luego, al estallar la tormenta, se puso un poco nervioso, pero eso nos ocurre a todos los que tenemos un temperamento análogo al suyo. Créame usted, amigo Espinosa; no hay que hacer caso de los médicos. Son todos unos pesimistas insoportables.

ESP. Puede que tengan usted razón. De todas suertes, conviene que tranquilice usted a su hija.

DAMIÁN Desde luego y ahora mismo.

(Por la puerta del foro entran CARLOS y MARIA TERESA.)

CARLOS Está horrible la noche.

M. TER. El pobre Montalvo se va a poner perdido.

DAMIÁN ¿Y eso?

M. TER. Ha cedido su coche a los de Suárez...

ESP. Que lástima: yo le hubiera dejado en su casa... Dije en el Círculo que me enviaran un coche a la una y media... (Mira su reloj.) Y ya debe estar ahí. Tengamos caridad del pobre cochero. Buenas noches, María Teresa.

M. TER. Adiós, Espinosa.

CARLOS (Nerviosamente.) Tenga cuidado; hace frío, mucho frío, un frío de muerte.

ESP. ¡Bah! Adiós, don Damián.

DAMIÁN Adiós.

CARLOS (Haciendo mutis por el foro con Espinosa.) No deje usted de venir mañana a comer conmigo.

ESP. ¡Oh!...

CARLOS (Bajando la voz.) Mañana habrá aquí grandes novedades.

ESP. ¿Eh?

CARLOS (Imponiéndole silencio nerviosamente.) ¡Chist!... ¡Silencio!... Ya usted lo verá. ¡Es una sorpresa! (Se van.)

M. TER. Necesito que hablemos, papá.

DAMIÁN Sí; ya me ha dicho Espinosa, que ese majadero de Montalvo...

M. TER. ¿Eh? ¿Crees tú?...

DAMIÁN Tranquilízate, María Teresa.

M. TER. Pero...

DAMIÁN Puesto que Carlos se recogerá en seguida, ven a mi cuarto y allí charlaremos cuanto quieras.

CARLOS (Entrando.) Me descompone esta borrasca tan insistente.

M. TER. Yo también estoy un poco nerviosa. ¿Vas a recogerte ya?

CARLOS Sí.

M. TER. Acompañaré entonces a papá a su cuarto y daré un vistazo a los niños. Hasta mañana, Carlos.

CARLOS Hasta mañana. (La besa en la frente, cogiéndola ambas manos.)

M. TER. Tienes las manos yertas.

CARLOS Sí: siento frío..

M. TER. Acuéstate en seguida.

DAMIÁN Buenas noches, Carlos.

CARLOS Buenas noches. (María Teresa y Damián se van por el foro. Carlos les sigue con la mirada y al verse solo, respira como si le quitaran un gran peso de encima; sonríe; apaga la luz del centro de la escena dejando encendida la de un portátil que habrá en alguna mesa; luego de puntillas se dirige a la primera puerta de la izquierda, la abre y dice a media voz) Pasa, Bernardo. (Un gran trueno retumba un instante. Carlos se estremece.)

BERN. (Apareciendo por la puerta indicada.) ¿Llegó la hora?

CARLOS Aún no, pero se acerca. Ya se han ido los convidados; ella se acostará en seguida.

BERN. Entonces...

CARLOS Habla bajo. Ella tiene que volver...

BERN. ¡Qué deseos tengo de que llegue el instante, don Carlos!...

CARLOS Paciencia, hombre, paciencia. Pero no me llames don Carlos, sino Carlillos... Háblame de tú.

BERN. Bueno, Carlillos. Te tutearé. (Se sientan frente

a frente ante la mesa donde estará la luz. Esta luz deberá tener bajo la pantalla un reflector para que las caras de los dos artistas resulten muy iluminadas.)

CARLOS Nosotros estamos ya unidos por un lazo eterno.

BERN. Cabal. Tú eres el amo y yo el esclavo.

CARLOS No. Los dos somos iguales. Somos dos cuerpos y un alma.

BERN. Hombre, eso me gusta, Carlillos, eso me gusta. ¡Dos cuerpos y un alma! ¡Muy bien!

CARLOS El alma de la equidad, del bien, de la justicia...

BERN. ¡Eso! ¡Muy bonito! ¡De la justicia!

CARLOS (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... Tú no sabes lo que yo me estaba riendo por dentro mientras jugaba al ajedrez.

BERN. ¡Ah! ¿Jugabas al ajedrez?

CARLOS Con mi suegro... ¡Y tan tranquilo! No sospechan nada. Decididamente sé fingir muy bien. Hemos hablado de negocios, vamos, de explotación, de usura, de que hay que vender muy caro para que los pobres no puedan comer pan... ¡Ja, ja, ja!... ¿Serán torpes que no han conocido en lo que yo pensaba entretanto?

BERN. ¿En qué pensabas, Carlillos?

CARLOS ¿No lo adivinas? En que tú estabas oculto en mi cuarto; es decir, tú no, yo; porque tú eres mi otro yo ..

BERN. Eso es: yo soy tu otro tú.

CARLOS Si supieran—me decía en voz baja—que está ahí Cebolledo... que tampoco es ya Cebolledo, sino el instrumento de la Providencia, el brazo de Dios.

BERN. ¿El brazo de Dios?

CARLOS Sí, Bernardo, sí.

BERN. ¡Entonces yo soy tú y además soy el brazo de Dios!

CARLOS Sí.

BERN. (Entusiasmado y conmovido.) Gracias, Carlillos, gracias.

CARLOS (Levantándose. Bernardo le imita.) Tú vas a ser el salvador de lo que más amo en el mundo, de mi María Teresa, que sin ti estaba perdida para siempre.

BERN. Es verdad: tienes razón.

CARLOS Y ya no se puede esperar ni un momento. La corriente de la maldad la arrastra a pe-

sar suyo... Ha estado hablando toda la noche con ese maldito Espinosa... Ella creía que yo no me fijaba, pero yo no hacía más que mirarla y decirme: «El mundo quiere perderte, pero yo sabré impedirlo; ha llegado la hora de romper las cadenas que te ligan al mal; yo te libraré de este infierno»... (Nuevo trueno.) ¡La muerte, Bernardo!... ¡No hay más que la muerte!...

BERN. ¡Eso! La muerte. Ya lo decías tú ayer: matar no es siempre un delito. Hay ocasiones en que es un acto meritorio y digno de alabanzas.

CARLOS Justo. Lo que nosotros intentamos es una acción piadosa; es arrancar a un alma de las garras del pecado; es hacer que vuele a Dios limpia de toda mancha. Anoche me lo dijo el padre Juárez.

BERN. ¿Se te apareció otra vez?

CARLOS Otra vez. Ahora se me aparece con mucha frecuencia; sobre todo a estas horas (Fijándose en la cortina que oculta el mirador y estremeciéndose.) ¡Ah! ¡Míralo!... ¡Allí! ¿No lo ves? (Tiembla.)

BERN. No...

CARLOS ¡Tienes que verle! ¡Allí!... ¡Mírale! (La cortina se mueve.)

BERN. (Temblando también.) ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Vestido de blanco!...

CARLOS (Con aire de triunfo.) ¡Ah! ¡Le ve!

BERN. ¡Tiene un crucifijo entre las manos!

CARLOS ¡Sí! ¡Lo ve como yo!

BERN. ¡Me da miedo, don Carlos!

CARLOS Ya se va... ¡Se va!...

BERN. (Secándose el sudor.) Sí...

CARLOS (Serenándose un poco.) El lo manda, Bernardo; hay que hacerlo por él. Me ha costado un gran sacrificio el decidirme, pero... ya estoy resuelto. No debo pensar en mí, sino en ella, en su bien. ¡En salvarla!... Tú me comprendes.

BERN. Todo el mundo te comprendería.

CARLOS No lo creas. Todos no son como tú. Seguramente habría muchos que si nos escucharan creerían que estábamos locos... (Ríe.) ¡Mira que locos nosotros!... ¡Ja, ja, ja!...

BERN. (Riendo.) Sí que tendría gracia que nos tomaran por locos... ¡Ja, ja, ja!

CARLOS ¡Baja la voz! ¿Compraste lo que te indiqué?

BERN. ¡Anda! Y que es de primera. (Saca un puñal.) Mira.

CARLOS Quita, quita eso de mi vista. Me da horror. Al fin y al cabo la sangre...

BERN. ¿Vacilas?

CARLOS No. Si fuese yo mismo el que... (Acción de apuñalar.) tal vez vacilaría. Nadie puede contar con su corazón ni con su brazo cuando se trata de una esposa adorada, por muy convencido que esté del bien que le hace... Por eso te he escogido a ti para dar el golpe.

BERN. Has hecho bien. Tú dispones de tu esclavo.

CARLOS (Muy nervioso.) ¡No! ¡No!... Vuelvo a decirte que no eres mi esclavo, sino mi otro yo... Siendo tu mano, es mi misma mano la que hiere, ¿comprendes? Y no se mancha de sangre. Eso me daría horror.

BERN. Yo te juro, Carlillos, que esta mano, que es tu mano, y este brazo, que no es mío ni tuyo, sino de Dios, no temblará.

CARLOS Ya sabes cuando debes herirla.

BERN. Sí; cuando...

CARLOS ¡Silencio! ¡Ella vuelve! ¡Ocúltate!

BERN. ¿Dónde?

CARLOS (Por el mirador.) Aquí: tras esas cortinas. ¡Y no rechistes! (Al entreabrir las cortinas del mirador para que se oculte Bernardo, un relámpago vivísimo casi les ciega. Los dos sofocan un grito. Trueno fuerte.)

BERN. (Temblando.) ¡Don Carlos!

CARLOS ¡Ocúltate!

BERN. (Sin decidirse.) Es que...

CARLOS (Imperiosamente.) ¡Yo lo mando!

BERN. ¡Sea! (Desaparece tras el cortinaje. Carlos, procurando serenarse, se deja caer en una butaca. Pausa.)

M. TER. (Sorprendida al ver a Carlos.) ¿Eh? ¿Aún no te has acostado?

CARLOS Te esperaba para despedirme de ti.

M. TER. Pues hasta mañana.

CARLOS Eso es; hasta mañana... Porque mañana es siempre; los años; los siglos; la eternidad...

M. TER. (Un poco alarmada) ¿Eh? ¿Que extravagancias estás diciendo?

CARLOS ¿Extravagancia te parece que me despida de ti? ¿No sabes que te quiero con toda mi alma? Si lo dudas, me ofendes, me agravias, ¡me calumnias!... Mi amor es un amor que

llega a todos los sacrificios; a los más abnegados; a los más heróicos.

M. TER. ¿Pero a qué viene esa exaltación?

CARLOS ¿Exaltado yo? No; si estoy tranquilo, muy tranquilo. Ya ves: mi mano no tiembla; ni temblará luego tampoco...

M. TER. (¡Dios mío!)

CARLOS Anda, anda; vé a descansar... Ya es hora... Tú rezas siempre, ¿verdad?

M. TER. Sí...

CARLOS Pues esta noche reza más que ninguna...

M. TER. ¡Carlos! ¿Qué tienes? Me das miedo. Tu mirada no es la misma... ¿Qué te ocurre?

CARLOS Nada, nada.

M. TER. Serénate, tranquilízate... Tú no estás bueno. ¿Quieres que llamemos al doctor?...

CARLOS (Procurando serenarse.) ¡Qué disparate, mujer! Estoy perfectamente. La prueba es que voy a acostarme tan pronto como te acuestes tú.

M. TER. Eso, no. No me iré a mis habitaciones sin dejarte antes en las tuyas. Entra, procura dormir y tranquilízate. Mañana hablaremos.

CARLOS Eso es: mañana; el mañana que no tiene fin, que dura siempre.

M. TER. Sí, sí; pero entra, anda, vamos.

CARLOS Sí, vamos. ¡Es ya la hora! (Trueno fuerte.) ¡Reza!. . ¡¡Reza!!... (Hacen mutis los dos por la puerta de la izquierda. Pausa. Suena dentro el ruido de una puerta que es cerrada con llaves.)

M. TER. (Entrando en escena más muerta que viva.) ¡Qué horror, Dios mío!... (Cierra también con llave la puerta de la izquierda, dejando la llave puesta, como es lógico.) Por fortuna he logrado encerrarle... ¡Mañana!... (Echándose a llorar.) ¡Virgen Santa! ¡Qué horror! ¡Qué horror!... (Apaga la luz que quedaba encendida y hace mutis por la puerta de la derecha. Pausa. Bernardo entreabre las cortinas del balcón. Algún que otro relámpago ilumina la escena.)

BERN. (Encendiendo la luz y abriendo con mucho cuidado la puerta de la izquierda.) ¡Encerrarlo a él!... Es decir, a mí; porque él soy yo. ¡Bah! (Desaparece por la izquierda. Suena dentro el ruido de una puerta que se abre y entran de nuevo en escena BERNARDO y CARLOS.)

CARLOS ¿Me había encerrado?

BERN. Sí.

CARLOS ¿Entonces es que sospecha nuestra intención?...

BERN. Claro, quiere salvarse; mejor dicho, perderse, porque su salvación... (Saca el puñal.)

CARLOS (Temblando.) Sí. Pronto, Bernardo. Arranquemos su presa al pecado que nos lo disputa... Vé, vé ..

BERN. Sí.

CARLOS Cierra los ojos y hiere; un golpe certero; que no padezca... Entra por la puertecita del tocador...

BERN. ¡Descuida! (Hace mutis por la puerta de la derecha guardando todo género de precauciones.)

CARLOS (Tembloroso.) ¡Señor, Señor; es por su bien! ¡Yo me desprendo de ella para entregártela!... (Se acerca a la puerta de la derecha y escucha.) Nada aún... ¿Eh?... ¡No!... (Trueno.) ¡Qué espanto!... ¡Cuánto tarda!... (Se oye dentro un grito de angustia, luego un gran estrépito como de lucha y de muebles que ruedan por el suelo.) ¡Ah! ¡Por fin!

M. TER. (Dentro, gritando.) ¡¡Socorro!!... ¡¡Favor!!...

CARLOS (Casi sin poderse tener.) ¡Ya!... ¡Ya!... ¡Ya es tuya, Dios mío! ¡Ya no es del mundo, ya no es de los hombres; ya no es del mal!...

BERN. (Entrando con el puñal en la mano.) ¡Ya está!... Entré en el tocador, estaba a oscuras, pero distinguí su bulto y... no se levantará, no.

M. TER. (Por la derecha, despavorida.) ¡Socorro!... ¡Socorro!...

CARLOS ¿Eh? ¿Qué es esto?

BERN. ¡Yo la he matado!... ¡No es ella! ¡No es ella!...

DAMIÁN (Por el foro seguido de JUAN y de otros criados.) ¿Qué sucede?... ¡María Teresa!...

ESP. (Por la derecha, sin poderse tener, casi sin voz.) ¡A mí!... ¡Favor!... (Cae al suelo como muerto. Asombro en todos.)

CARLOS (Horrorizado, dándose cuenta de la realidad.) ¡¡Ah!!... ¡¡E!!!... (Se arroja sobre Espinosa como una fiera, pero entre Damián y dos criados le sujetan.)

M. TER. ¡Yo soy inocente! ¡Lo juro!...

CARLOS ¡Mátala, Bernardo, mátala!..

BERN. ¡No es ella! ¡No es ella! ¡Yo la he matado! ¡No es ella!

(Juan arrebatando el puñal a Bernardo y sujetándole.)

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Cuarta edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición).

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

La verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición)

PRECIO: 2,50 PESETAS

3